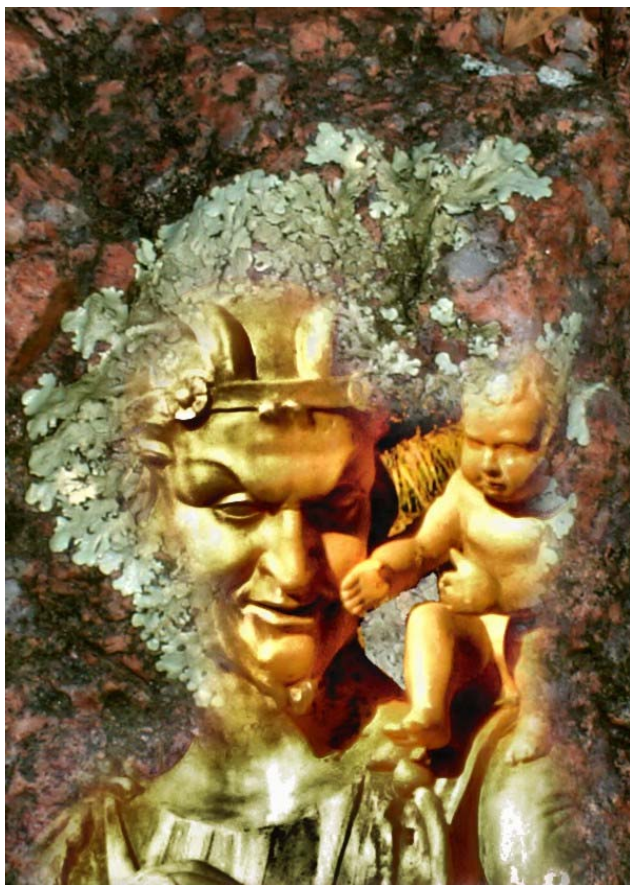


**Gabriel Cebrián**



**RELATOS  
ENCEFALÍNICOS**

Gabriel Cebrián

© STALKER, 2005.

[info@editorialstalker.com.ar](mailto:info@editorialstalker.com.ar)

[www.editorialstalker.com.ar](http://www.editorialstalker.com.ar)

**Ilustración de cubierta: Gabriel Cebrián**

Relatos encefalínicos

**Gabriel Cebrián**

# **Relatos encefalínicos**



STALKER

Gabriel Cebrián

*El agua es la única eternidad de la sangre.  
Su fuerza, hecha sangre. Su inquietud, hecha sangre.  
Su violento anhelo de viento y cielo,  
hecho sangre.  
Mañana dirán que la sangre se hizo polvo,  
mañana estará seca la sangre.  
Ni sudor, ni lágrimas, ni orina  
podrán llenar el hueco del corazón vacío.  
Mañana envidiarán la bomba hidráulica de un  
inodoro palpitante,  
la constancia viva de un grifo,  
el grueso líquido.  
El río se encargará de los riñones destrozados  
y en medio del desierto los huesos en cruz pedirán en  
vano que regrese el agua a los cuerpos de los  
hombres.*

Fragmento del poema *Canto de Guerra de  
las cosas*, de Joaquín Pasos



## PROEMIO

### UN TIPO CON UNA CABEZA ENORME

#### Uno

Recuerdo haber entrado al bar aproximadamente a las 21. Era sábado, y estaban pasando por la TVel partido entre Independiente y Gimnasia; afortunadamente, porque en casi todos los demás canales el periodismo internacional se focalizaba morbosamente en la muerte de Wojtyla. Y digo afortunadamente, además, por cuanto la atención de los pocos parroquianos allí reunidos estaba dirigida al debut de Pedro Troglio como Director Técnico del equipo platense, lo que me dejaba lugar para beber unos cuantos tragos en paz, sin tener que inmiscuirme en esos diálogos de bar generalmente banales. (No es que tenga muchos pruritos respecto del nivel de mis ocasionales interlocutores; la cosa es que por entonces había terminado un volumen de cuentos y andaba rumiando ideas en pos de una nueva historia, ideas que ya nunca desarrollaré, a causa de lo que iba a suceder esa misma noche, y que relegó al olvido aquellas imagerías abortadas en su mera incipencia).

Mi sistema digestivo ya no es el que solía ser, incapaz a estas alturas de procesar dignamente tanto la bebida blanca como los vinos de damajuana que sirven en viejos estaños como ése, así que pedí una

botella de marsala y comencé a degustarlo con bastante placer y poca acidez esofágica. Encendí un cigarrillo mentolado, cayendo en la cuenta de que quizá hubiese sido mucho más adecuado fumar cigarrillos convencionales para acompañar al vino dulce, pero bueno, las cosas estaban así y no pensaba resignar el vicio ni tampoco ir a por otra cajetilla. Nada es perfecto en este mundo; tampoco la defensa de Gimnasia, que acababa de ser batida, para desazón de la mayoría y beneplácito del resto, minoría pincharrata que no ocultaba las sonrisas socarronas (cualquier actitud que sobrepasara esa muda expresión de regocijo, en aquellas circunstancias, habría redundado en una de esas pequeñas masacres que no dejaban de ser divertidas, para todos menos para el bolichero y los que resultaban lesionados). A los gritos del relator se sumaron algunas puteadas y comentarios acerca de la mediocridad del equipo mens sana, cuya permanencia en primera división se veía ya comprometida por los magros resultados.

Por mi parte, debo confesar que estaba medio deprimido. No era un inmejorable plan para un sábado a la noche estar allí, ingiriendo vino dulce por imposición orgánica, tratando de devanar la madeja de una historia con aire de ciencia ficción, esforzándome por no caer en lugares comunes y buscando esa vuelta de originalidad tan necesaria como esquivar, con la escueta perspectiva de enviarla luego a un certamen del género organizado por una editorial española. Mi astral pasaba por un estado bastante bajo, no tenía mayores expectativas respecto de mi trabajo, como tampoco de su eventual futuro editorial, pero aún así

me afanaba, casi como terapéuticamente, toda vez que... ¿qué haría si dejaba de escribir? ¿Emborracharme y despotricar contra un equipo de fútbol, escuchar los sorteos de lotería y quiniela, asistir a mi deterioro psicofísico sin otro arma que un amargo cinismo? ¿Tratar de recomponer mis ligazones perdidas con lo trascendente, vía Krsna, Jesucristo, Mahoma o quienquiera que fuese? ¿Ir a corretear mujeres maduras o no tanto, haciendo el pelele para conseguir una incierta justificación erótica a ese vacío que amenazaba con arrastrar en su funesto vórtice lo que restaba de mi ánimo? En fin, prefería seguir escribiendo, aún sin la menor esperanza. El asunto ahora era encontrar ese giro inédito que consiguiera convertir una historia común y corriente en otra capaz de sorprender al lector en un sentido positivo, clave insoslayable para que cualquier individuo capaz de ajustarse a una pauta gramatical más o menos coherente pueda devenir, de buenas a primeras, en un escritor considerable. Según mis cálculos, estaba demasiado cerca de conseguirlo, y a la vez, demasiado lejos. Entre la potencia y el acto mediaba la ínfima y al propio tiempo desmesurada distancia de una iluminación. Y sabía por experiencia que ese instante mágico no respondía a voluntarismos, por firmes que estos fueran. Circulaba por los carriles de la inspiración pura -más allá de lo remanida que esta idea fuese-, muy lejos de lo que podía alcanzar con mi bagaje, tan pletórico de oficio como escuálido de prodigiosas ocurrencias. Me sentía como dentro de un huevo, mas mi pico no era lo suficientemente fuerte como para romper el cascarón; circuístancia enervante, por cierto, para un avechucho de

cuarenta y tantos. Por suerte Independiente clavó el segundo gol, y así, de pronto, dejé de ser el tipo más desdichado en aquella borrachería. Vaya consuelo.

## Dos

Ni bien comience a referir este segundo segmento, más de un lector suspicaz conjeturará que estoy intentando introducir aquí ese elemento caótico y excepcional capaz de elevar esta gris crónica a un tipo lógico superior, o cuando menos a terrenos extravagantes. Es entonces mi deber comunicarles que, aún a pesar de la evidente legitimidad de tal presunción, nada más lejos de la verdad. Si encuentran –como yo lo hice entonces- algo inaudito en lo que sigue, no lo será a costa de esa capacidad imaginativa de la que, como ya he dicho, carezco, sino gracias a la peculiaridad del personaje que ingresó en el bar y se sentó en la butaca a mi lado. Un tipo con una cabeza enorme. Su cuerpo no era pequeño, ni mucho menos (de otro modo habría sido incapaz de sostener semejante balero). Pero igualmente la desproporción era grandiosa. Tanto que hasta a los más fanáticos les costó mantener la atención en la pantalla del televisor, luego del ingreso del megalocéfalo. Supongo que la hinchada tripera lo imaginó jugando de punta, para capitalizar los centros de los güines gimnasistas. El tipo hizo caso omiso de las atónitas miradas, como si hubiese estado acostumbrado a provocar ese efecto, y claro que debía estarlo.

Oscar, el barman, acudió a tomar el pedido tosiendo levemente, en una evidente maniobra para emboszar expulsiones aéreas más producto de la risa que de carrasperas o bronquitis. El cabezón pidió un *Old Smuggler*, y estaba bien, era el whisky menos berreta que se podía beber allí. Oscar volvió con la botella y el jarrito-medida, pero el extraño cliente le indicó que dejase la botella. Me pareció un buen indicio. De cualquier modo, parecía difícil que semejante cantidad de neuronas fuera a anegarse en una sola botella -ello en el caso de que no se tratara de puro líquido cefalorraquídeo-. Continuamos bebiendo en silencio. Terminó el partido y varios hinchas de Gimnasia pagaron y se fueron mascullando bronca. Los que quedaron, miraban de soslayo al cabezón, y comentaban cosas en voz baja aunque muchas veces claramente audible. Empecé a indignarme, unos cuantos botarates mofándose de una malformación física, tan luego ellos, contrahechos intelectual y espiritualmente. Pero enseguida mi ofuscación se fue por una tangente, la de mi atención, que había abandonado su objetivo específico -ésto es, hallarle la vuelta a la historia que estaba pergeñando-, en función del fenómeno que había tomado asiento a mi lado y bebía whisky casi diría que impetuosamente.

Un par de veces nos cruzamos la vista en el espejo frente a la barra, detrás de la cristalería (si es que así puede decirse de vasos de vidrio barato), y me abochorné un poco cada vez, porque no quería que pensase que estaba escudriñándole la cabezota.

-No se apure –me dijo a la tercera-, de cualquier forma, estoy acostumbrado a que me miren como a un *freak*.

-No lo estaba mirando de ese modo –respondí cortante, casi fastidiado.

-Ya lo sé. Por eso le dije “de cualquier forma”.

-¿Esto pretende ser una apertura de diálogo, entonces?

-Si no está ocupado en algo, por mí estaría bien.

-En realidad, estaba algo ocupado, sí.

-Entonces dispénseme; y continúe, nomás.

Me sentí verdaderamente mal. Tal parecía que el pobre quería socializar el padecimiento resultante de su deformidad, y yo me había dado aires de pensador remilgado. El típico solipsista banal enmascarando al acomplejado. El *freak* estaba tratando de hablar con alguien de su evidente drama personal y ese alguien (en este caso yo) no le prestaba filantrópicos oídos simplemente porque estaba intentando hallar la voltereta a una historia de baja estofa... ¡una historia!... tal vez la tenía ahí sentada a mi lado, muy sesuda, exuberante, capital, trasegando *Old Smuggler* y ofreciéndose a cambio de un poco de lástima. Me sentí una rata cuando calculé que tenía algo de eso para darle a cambio.

-No estoy tan ocupado, a decir verdad.

-Hombre, pues no se moleste. No hay nada de malo en beber en silencio, sumido en el propio caldo mental. No vaya a creer que es ésa una actividad que

me disgusta. Lo entiendo perfectamente, tenga o no algo de qué ocuparse.

-Si mal no recuerdo, me dijo algo acerca de estar acostumbrado a que lo miren como una rareza, ¿no es así?

-Claro, pero fue por decir algo... ya que nos estábamos cruzando miradas en el espejo, ¿se da cuenta? Me pareció que se sintió incómodo. Nomás por eso lo dije.

-La mirada del otro... no es algo que suela hacer felices a las personas. Generalmente es al revés, según parece.

-¡Máxime cuando uno es deforme! –Exclamó, y se rió a carcajadas, aunque no echó la cabezota hacia atrás, supongo que por cuestiones de estabilidad.

-No parece afectarlo mucho, al menos anímicamente.

Más que girar, rotó la calabaza hacia mí y me espetó:

-No estaba hablando de mí. ¿Acaso usted me encuentra deforme?

-Déjese de chicanas. Usted mismo lo sugirió desde que me dirigió la palabra.

-Está bien, sólo estaba tratando de darle un poco de emoción al diálogo. Pero deformidad, lo que se dice deformidad... no creo que sea mi caso.

-Está bien, olvídelo. De cualquier manera, estaba recordando que en cierta ocasión escribí un verso que decía *la locura existe y está en los ojos del otro*. Tal vez los dos nos estemos refiriendo a lo mismo, encéfalos aparte.

## Tres

Esta última salvedad le causó mucha gracia, ya que volvió a reír estentóreamente (quizá fuera la amplísima bóveda palatina lo que le proporcionaba excelentes condiciones acústicas). Yo seguía incómodo por la situación; aunque por lo visto, si la cabezota lo mortificaba de alguna manera, lo disimulaba muy bien. O tal vez se trataba de una negación, patológica por cierto, por cuanto nadie en su sano juicio dejaría de considerar como deformidad a semejante desproporción anatómica.

-Dice que escribió ese verso –continuó, tomándose de la apertura íncita en mi comentario-. ¿A caso usted es poeta?

-He escrito unas cuantas poesías, lo que de ninguna manera me hace poeta.

-Bueno, pues eso es algo que usted mismo no puede evaluar, según yo creo. Ese verso que acaba de recordar me parece muy potente y profundo, digno al menos de una consideración especial.

-Gracias, pero me parece, lisa y llanamente, una perogrullada. No creo, sinceramente, que valga la pena considerarlo más allá de la interpretación más obvia.

-¿Prefiere seguir hablando de mi cabeza?

-Oiga, no siga en ese tren porque yo me bajo, ¿entiende?

-No veo por qué toma esa actitud. Le aseguro que podemos tocar ese tema con la mayor naturalidad.

-Tal vez sucede que no lo hallo muy interesante, nada más.

-Es usted escritor –afirmó.

-No, soy empleado del Estado.

-Pero escribe poemas, o al menos alguna vez lo ha hecho.

-Sí, ya se lo dije, pero eso no me hace poeta ni escritor.

-Y estoy seguro que ha ensayado prosa, narrativa, también.

-¿Por qué está tan seguro?

-Si no le molesta, la respuesta cierta a su pregunta hace necesario que vuelva a referirme a mi excepcional configuración craneana.

-¿Acaso está sugiriendo que el tamaño de su cerebro le confiere dotes de vidente?

-No exactamente, pero sí una capacidad analítica quizá algo mayor que la de los seres humanos comunes.

-A ver, explíqueme cómo es eso.

-Se trata de una simple cadena de inferencias. Usted dio voz a un viejo verso suyo. Y si bien está enmarcado, al menos según dice, en el género poético, la frase en sí, descontextuada, evidencia un postulado propio de formas literarias más prosaicas.

-Tal inferencia no es directa ni mucho menos. Aunque puede resultar en una colosal falacia.

-Pero no es el caso, y usted lo sabe.

-Discúlpeme, pero eso suena como un truco de adivino de feria.

-Si fuera a una feria, seguramente no representaría el rol de adivino, sino de *freak*.

-¿Qué tal ambos roles?

-Es usted agudo, aún a pesar de su microcefalia. ¿Sabe que no se me había ocurrido?

-Dejémonos de macanas, hombre.

-Está bien, entonces déjeme comunicarle otros signos que tuve en cuenta para llegar a esa conclusión. Primero me observó en el espejo, y se sintió molesto al suponer que yo podía interpretar su mirada como curiosidad morbosa de su parte. Luego, ante el convite de iniciar un diálogo, prefirió continuar Ensimismado, y lo hizo de un modo que no acostumbran hacerlo los poetas, sino más bien los ensayistas, o narradores.

-¡Eso no puede determinarse desde fuera!

-Sí que se puede. Un poeta jamás se abisma en su pensamiento sin un cuaderno y un lápiz a mano. Una idea para un cuento, o una novela, puede madurar y crecer sin base de celulosa y grafito. Un poema no. La inspiración poética debe ser plasmada en el preciso instante que acontece, es volátil e irrepetible; si no, pregúntele a Coleridge. Con ese antecedente, ni bien dijo que había escrito un verso de tales características, el resto vino a mí con claridad meridiana.

Me vino una cierta idea acerca de la magnitud de los meridianos que enmarcaban su pensamiento, pero no la dije. Además, el razonamiento había sido tan eficaz que en cierta forma me había pasmado. Tal

vez el descomunal centro de cómputos no fuera sólo un gabinete vacío.

-Y con respecto a su profesión –continó-, ¿le agrada trabajar para el Estado?

-Lo detesto. Lo hago simplemente para sobrevivir sin tener que trabajar mucho.

-Entonces, estaba en lo cierto. Usted es, esencialmente, un escritor. Que sea uno bueno, mediocre, o malo, es harina de otro costal. El hecho es que tampoco en eso me equivoqué.

-No nos hemos presentado –dije, algo aturullado por la retahíla de evidencias que el cabezón arrojaba con gran seguridad.

-Déjese de formalismos, qué importa el nombre de cada uno. Nos hemos presentado de un modo más humano, más profundo, y para mí es eso lo que cuenta. Y antes de cambiar de tema, como parece haber pretendido, voy a comunicarle la última conclusión que extraje de sus palabras y sus actitudes –anunció, dispuesto a no soltar el lazo silogístico. –Luego de retraerse en usted mismo, después de mi interrupción, por su expresión pude deducir que estaba inmerso en un atolladero mental; de pronto abrió los ojos desmesuradamente unos segundos, a continuación me miró otra vez en el espejo y un momento después reinició el diálogo.

-¿Y que conclusión sacó de ello? –Pregunté algo alarmado, por cuanto mi vileza podía quedar expuesta por aquella especie de Sherlock Holmes cabezudo.

-Que de alguna manera supuso que yo podía ayudarlo. Cuando me dijo que escribía, el cuadro cerró

por completo. Pensó que tal vez el macrocéfalo podía ser el disparador de una historia interesante, ¿no es así?

-No es tan así...

-Déjese de embromar, ¿acaso supone que lo estoy juzgando? Es su lucha, y si se va a poner remilgado, más vale que ni la empiece. No solamente no tengo objeción alguna que formular, sino que incluso la situación me honra, créame. Sólo espero no defraudarlo, estar a la altura que las circunstancias requieren.

## Cuatro

Bebí un trago de marsala y encendí otro mentolado, aún conmocionado por la capacidad deductiva de aquel curioso contertulio. Tenía una gran capacidad analítica, mas no parecía tan paranormal como para justificar semejante infraestructura. Y enseguida me sentí incómodo ante la certeza de que mis pensamientos continuaban siendo sondeados, por lo que me relajé y dejé de pensar en términos concretos. Ya ni siquiera tenía un plan, dado que el que había ensayado requería la inconciencia por parte del sujeto. Y ciertamente, no era el caso.

-¿Para dónde quiere que rumbeemos? -Preguntó, y a continuación precisó: -En el diálogo, digo, ¿no?

-Ya que parece ser el elemento original, y que no lo molesta en lo absoluto, hableme de su cabeza.

-¿Qué quiere saber de ella, más allá de lo que salta a la vista?

-Y, por ejemplo, si tiene algo que ver su tamaño con esa capacidad deductiva de la que ha hecho alarde.

-Lamento mucho haberle dado la impresión de que alardeaba. Tal actitud no está en mi inventario, puede estar seguro de ello.

-Es una forma de decir. Supongo que la eficacia que demostró me ha llevado a considerarlo de esa manera.

-Siendo así, creo que llegó el momento, ahora sí, de presentarme. ¿Prefiere la versión falaz pero verosímil, o la verdadera que parece fantástica?

-No imaginé que hubiera opciones. Déle con la que más le guste.

-Entonces le voy a dar las dos. Soy Hilario Roldán, hijo de Máximo y Sonia Pereda, afectado de hidrocefalia y superviviente a ella de modo casi milagroso, sobre todo si se tiene en cuenta que no sufrí daño neurológico alguno. Vivo de lo que heredé de mi difunto padre, ex funcionario de Inteligencia, y del seguro social. He permanecido casi confinado toda mi vida a causa de mi inusual y llamativa apariencia física. O sino soy Zigurat XIII, especie de injerto interdimensional para servir de enlace con los que habitan detrás de las estrellas. No necesito preguntarle cuál de las historias prefiere escuchar, ante una disyuntiva semejante. Aunque tal vez no debiera anticiparme, dado que una es tan lineal y común como la otra extravagante. Para decidirme por una, debería contar con

alguna precisión respecto de su estilo, cosa que aún no he podido inferir.

-Hágale caso a su intuición, y hágale de la segunda.

-La segunda tiene el inconveniente de la extensión. Tal vez resulte demasiado larga.

-Yo no tengo apuro. Si usted cuenta con tiempo, adelante, pues.

-El tiempo es un concepto crucial en esta historia, fíjese. Ante todo, debería ponerlo al tanto de algunas categorías que la humanidad aún no ha alcanzado, en el aquí y el ahora.

-Usted no es humano, entonces.

-Hilario Roldán sí lo es, pero ésa es la otra historia, ¿recuerda?

-Hágale como a un imbécil, por favor. De lo contrario, creo que no voy a comprenderlo.

-Si no fuera usted a ofenderse, le diría que eso es lo que he estado haciendo desde el mero comienzo. No lo tome a mal, es que la instancia del diálogo exige un cierto sinceramiento.

-Mientras no se trate de una argucia para desquitarse de algo que pueda haber malinterpretado...

-Me encantaría pensar que estamos departiendo basados en la buena fe.

-En ese caso, adelante. No me ofende, y menos habiendo dado pruebas, como lo hizo, de una gran amplitud mental.

-Lo dice sin sorna, ¿verdad?

-Está bien, ya basta de diplomacia. Usted es cabezón, y yo subnormal (en términos relativos, por

supuesto). Sin ofensas ni complejos por ambas partes. Listo. Aclarado el tema. Ahora continúe, por favor. ¿Quiénes se supone que son los que habitan más allá de las estrellas?

-No dije “más allá” sino “detrás”, que no es lo mismo. Decir más allá de las estrellas daría a pensar que se trata de algo que está fuera del universo percibido por la humanidad del aquí y el ahora. Y tal vez en cierta forma sea así, lo que pasa es que habría que buscar una definición menos equívoca. Y no es fácil, teniendo en cuenta las limitaciones propias del lenguaje actual. Déjeme intentarlo, no obstante... detrás de cada estrella hay una conciencia, que es la que la enciende. Esa conciencia, a través de lo que ustedes conocen como radiación, se proyecta en los planos relativamente asequibles el entendimiento humano con el fin de ejecutar una suerte de destilación, o de depuración, para regresar a su origen. La materia orgánica sería, entonces, una especie de filtro, de cedazo. Tal vez suene maléfico, pero toda la mugre de esos planos superiores se concentra aquí. Somos una refinería de energía psíquica.

-Según tengo entendido, hay varias tradiciones, incluso primitivas, que sostienen teorías parecidas a ésta.

-Claro que sí, y es perfectamente natural que así sea. Durante milenios individuos como yo han estado transmitiéndoselas a individuos como usted. Y permítame relativizar ese calificativo de “primitivas” que acaba de emplear: las últimas teorías físicas y astrofísicas, las de supercuerdas, energía y materia oscuras, etcétera, no son más verdaderas que la de la

tortuga gigante sosteniendo el mundo. Los que usted llama primitivos tenían menos preconceptos, por lo que resultaban muchísimo más permeables a elementos del conocimiento objetivo. Sus estructuras mentales eran más lábiles, circunstancia que les permitía una mayor y mejor interacción con lo que ahora cualquier persona “sensata” consideraría producto de aberraciones o patologías de orden psíquico.

-Oiga, esto está tomando un derrotero poco feliz, si se tiene en cuenta mis aspiraciones personales. Ya he escrito toneladas de papel acerca de temas como éste.

-Claro, claro. Colijo entonces que prefiere que ayude al escritor antes que al hombre. ¡Vaya una vocación la suya! Mas es mi deber, en ese caso, señalar que no sería lícito brindarle historias totalmente digeridas y formateadas, porque de ese modo estarían viciadas de ilegitimidad, y no creo que vaya a conformarse con eso.

-Ve, por ahí le falla su prodigiosa capacidad de inferencia. Tal vez no sólo me conforme con eso, sino que hasta podría llegar a erigir un busto suyo en el living de mi casa; a escala, claro, para no quedarme sin espacio.

Luego de reír y de sorbeteear una buena dosis de *Old Smuggler*, comentó:

-Ya estoy tomando razón de su estilo. Eso tal vez me permita ayudarlo mejor...

## Cinco

...pero vamos por partes. ¿Quiere que le cuente historias u oír la historia de Zigurat XIII?

-¿Me va a decir que ésa no es una historia?

-Precisemos los términos, a ver... contar historias no equivale por fuerza fabular, sino que bien puede tratarse de historias reales.

-Está bien, yo hablaba en un sentido más laxo, dando por sobreentendida la pauta.

-Y bien puede ocurrir también que el emisor tenga una perspectiva muchísimo más amplia que el receptor, haciendo aparecer a éste como fabulosos hechos y circunstancias absolutamente corrientes para él; y por cierto, más reales aún que la ilusa ignorancia del destinatario.

-Eso que dice presupone un hándicap difícil de sostener, vea.

-Le llevo una cabeza de ventaja, y en mi caso no es poca cosa.

-No es cuestión de tenerla grande sino de saber usarla, solían decir en mi pueblo, claro que referido a otra parte de la anatomía, pero creo que igual viene al caso.

-A igualdad de condiciones, puede ser. Pero intente correr con un karting en Fórmula 1...

-Supongo que deberé avenirme a sus aires de superioridad para que suelte el rollo, si es que tiene alguno.

-Esos aires pueden convertirse en verdaderos huracanes, llegado el caso, pero no he venido a con-

frontar ni a establecer relaciones inconvenientes. He venido simplemente a distenderme y a beber un trago. Y resulta que me topo con un contador de historias. Estos Señores de la Energía Oscura siempre tienen unas en la manga para sorprenderme.

-¿Quiénes son esos “Señores”?

-Vaya pregunta. Ojalá lo supiera. Ya se lo dije, son los que habitan detrás de las estrellas, y que de vez en cuando producen estallidos que generan universos. Eso es todo lo que sé, y eso es todo lo que puede saberse con un cuerpo como éstos que cargamos.

-Si mal no recuerdo, usted dijo ser una suerte de injerto interdimensional para servir de enlace con ellos...

-Se nota que me presta atención; eso dije, ¿y?

-Que encuentro raro que sepa tan poco de ellos, siendo así.

-No, no hay nada raro, en absoluto. Yo soy una antena emisora, ¿entiende? Y, como el caudal de información que emito -por mi mera existencia en este plano- es enorme, fue necesario que me implantaran un cerebro bastante mayor que la media de los humanos. ¿Se da cuenta ahora por qué le dije que lo mío no es deformidad?

-¿Puedo hacerle una pregunta cruda?

-Cruda, cocida, como venga. Ya debería haberse dado cuenta que nada de lo que pueda decir va a afectarme.

-Usted sabe, algunas personas, cuando debemos hacer frente a dificultades de orden personal, solemos disfrazar la realidad para esquivar el bulto...

-Ahá. Sí lo sé. Pero no es mi caso. Mi objetividad es implacable. Claro que cualquier enajenado podría decir lo mismo, eso también lo sé, tanto como usted. Pero bueno, para ver que hay adelante sólo resta seguir andando. Continuemos, y tal vez será usted capaz de asimilar ventajosamente este encuentro. Pero sabe qué, el hecho de tener esta cabezota suele hacer que los diálogos que ocasionalmente mantengo se centren en ella, y por ende, en mi persona. Hábleme de usted.

-Temo que si digo algo, los Señores de la Energía Oscura se enterarán al punto –ironicé.

-Puede ser que su mensaje ingrese como parte de un flujo aleatorio, como la estática que ensucia las transmisiones de radio. Mas no prosperará en una atención si quiera subliminal, para ellos. Según mis cálculos, ahora están preocupados por el flujo de sensaciones y sentimientos provocados por la muerte de Wojtyla. Y por el portal dimensional de Medio Oriente, usted sabe, la guerra del petróleo, los Cruzados contra el Islam. No creo que vayan a interesarse por las peripecias emocionales de un ignoto autor rioplatense.

-Joder, hablando así, soy yo quien va a comenzar a acomplejarse.

-Tal vez tenga buenos motivos para ello, pero ¡ánimo! Sócrates planteó mejor la situación humana que Descartes: preferible no saber nada que basar el pensamiento en albrures existenciales, ontologizar divagaciones metafísicas.

-Espere, espere que voy a tomar nota –dije, mientras extraía una libreta y un lápiz del bolsillo de

mi campera y luego garrapateaba febrilmente aquella fórmula, que de ningún modo encontraba descabellada.

-De todas formas, todo eso vale un pepino. Los códigos lingüísticos de ustedes los humanos son un prisma espejado que acabará por abortar la evolución natural.

-Déme tiempo para anotar todo –dije con dificultad, concentrado como estaba en consignar cada palabra. –Tal vez después de una lectura comprensiva sea capaz de refutarlo.

-Por favor, no haga el payaso, ¿quiere? Deje ese lápiz tranquilo y piense rápido. Deje de hacer lo que ha venido haciendo todos estos años, que es parapetarse detrás de las palabras. No va a detener el apocalipsis leyendo cuidadosamente a Whitehead y Russell, o fantaseando sin mayor sentido que el de conseguir un *boom* editorial. El pensamiento humano va camino hacia una fuga aleatoria que lo expurgará de todas las rigideces pseudometódicas y de los pasatismos irrelevantes.

-¿Va a hablar de filosofía?

-El sustrato cósmico final es la conciencia. El epifenómeno que ha constituido la humanidad, esto es, el pensamiento atado al concepto, es basura. Es como si el chimpancé que acaba de descubrir cómo cascar nueces con una piedra, se quedara fascinado con ésta al punto de morir de inanición, incapaz de quebrar el embelesamiento.

-Repito, ¿a qué viene todo ese farfullar filosófico?

-Viene a cuento de lo que usted piensa, ¿o va a decirme que no está de acuerdo?

-Tal vez, pero creo que ése no es el punto.

-Sí es el punto. Mientras prosiga en esa lucha consigo mismo, parado en la vereda del juicio oficial y a la vez denostándolo, jamás encontrará su obra. Andará inconsolado por los bares esperando a que un *freak* venga a abrirle la puerta. Y eso es precisamente lo que estoy tratando de hacer.

## Seis

No supe muy bien qué decir, y tampoco a qué atenerme. Tal vez era a causa del marsala, dado que comenzaba a servirme la segunda botella. El cabezón, por su parte, le venía dando duro y parejo al *Old Smuggler*, todo hacía parecer que iba a acabarse la botella en poco rato más. El hecho es que permanecimos quizá un par de minutos en silencio, como sopeando las instancias de un diálogo tan espontáneo como disparatado. Por mi parte, sentía una cierta amargura, por cuanto la esperanza de hallar una historia potable a partir del macrocéfalo naufragaba inexorablemente entre borrascas esotérico-filosóficas. En todo caso, si se trataba de delirar en esa vena, suponía que bastaba y sobraba con mis propias sandeces; pero ésa era una vía muerta, intentada hasta el cansancio sin mayores compensaciones que una especie de solaz personal, casi diría masturbatorio. En esas cavilaciones estaba cuando apareció otro indicio de que la ca-

bezota, más allá de eventuales capacidades telepáticas, era cuando menos una eficaz máquina de razonar, toda vez que dijo:

-Bueno, tal parece que deberé tratarlo como se hace con los niños para que se duerman...

-¿Qué dice?

-Que voy a tener que contarle cuentos, para que no se enfurruñe.

-Oiga, usted no debe ni necesita hacer nada.

-Tal cual, vea, pero es mi placer. Y deduzco que es, al propio tiempo, lo que usted está esperando.

-Ande, cuente lo que quiera. Soy todo oídos.

-Todo cuaderno y lápiz, dirá. ¿O acaso no piensa tomar nota?

-Quizá alguna que otra precisión. No quisiera alterar el flujo del relato. Trataré de pensar rápido, como me indicó que hiciera, y de fijar las estructuras en mi memoria.

-Está usted comportándose con mucha consideración, por cierto.

-Lo menos que puedo hacer.

## RELATOS ENCEFALÍNICOS

### Uno

Johnny Walker miró los restos de la avioneta, incrustada contra una encina, y se preguntó cómo había podido salir ileso de semejante colisión. Su compañero, Jameson, ya había dejado de sangrar de un corte en el cuero cabelludo, y su cuello y sus ropas estaban manchados de sangre seca. Había sido una desgracia con suerte, pero esta última podía cambiar de un momento a otro. Esperaba que nadie hubiese visto al aparato precipitándose a tierra, ya que según sus cálculos, habían caído en un bosque rodeado de cursos de agua y lagunas, en Ciénaga de Zapata, peligrosamente cerca de Bahía de Cochinos. O sea, nada alentador para dos americanos que sobrevolaban el espacio aéreo cubano con medio millar de kilos de cocaína. El aparato de radio había quedado inutilizado por la violencia del impacto; aunque de todos modos no habría sido prudente encenderlo, dado que podía delatar su presencia y su posición.

En buena se habían metido. Miró su reloj. Eran las 6 PM, hora de Florida.

-Necesito un médico –dijo Jameson, con tono preocupado y mirada perdida.

-Cómo no, ahora salgo a buscar uno –respondió Walker, irónicamente. -¿Sabes adónde caímos?

-En Cuba.

-Sí, en Cuba, y para colmo cerca de Bahía de Cochinos.

-¿Y con eso qué? El incidente ocurrió hace más de cuarenta años...

-Sí, pero los hispanos éstos son muy dados a los símbolos.

-Como para hablar de símbolos, estoy yo...

-No estás tan grave. Es sólo un corte, que ya ni sangra.

-¿Sabes la infección que puede darme en este ambiente?

-Puede ser, pero sospecho que no es lo peor que nos puede ocurrir.

-¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

-Buena pregunta. Ojalá lo supiera.

-Di Lorenzo va a pensar que huimos con el cargamento.

-Que piense lo que quiera, ese imbécil. Ya le venía avisando yo, que esta basura se iba a caer en cualquier momento. Aparte, si quiere jodernos, va a tener que anotarse en la lista de espera. Debe haber varios millones de cubanos más que dispuestos a hacerlo.

-¡Maldita sea!

-No te encabrones tan rápidamente. Trata de mirar el lado positivo.

-¿Es que acaso hay uno?

-Y, fíjate... podríamos haber caído en el mar, y ahora seríamos alimento para tiburones. O en un sitio más expuesto, y ya estaríamos en manos de Castro y sus secuaces. O simplemente haber caído y habernos

hecho mierda, no tan sólo un pequeño rasguño en la cabeza.

-Tal vez hubiera sido mejor que ésto. No sé, todas esas razones no me arreglan. Quizá nos espere el mismo resultado, luego de horribles agonías.

-¡A eso llamo yo optimismo!

-Al menos tú tienes la cabeza sana.

-Al menos, pero por fuera.

-Por supuesto. Nunca me hubiese atrevido a insinuar otra cosa.

-¿Vas a fastidiarme como si fuese yo el culpable de esta catástrofe?

-En cierta forma, sí. Tú piloteabas el avión, tú sabías las condiciones precarias en que se hallaba, y probablemente haya sido tu impericia la que determinó los sucesos.

-Dices muy bien. Yo he hecho todo eso, y que me lleve el diablo si sé para que has venido tú. Aunque ahora me resulta claro que has venido para plañir como mujerzuela ni bien las cosas comienzan a complicarse.

-Agradece que estoy herido, que si no...

-Agradece tú, que tienes ese pequeño magullón detrás del cual puedes ocultar tu cobardía.

-Eres un imbécil

-Prefiero ser un imbécil que un cobarde.

Jameson se incorporó y extrajo un gran cuchillo de la vaina en su cintura.

-Guarda eso, de lo contrario puede ser que salgas herido en serio.

-No me ensucio con sangre de cerdo –respondió, y se dirigió hacia los restos del avión. Apartó u-

nos paneles del fuselaje, hundió la cuchilla en uno de los paquetes y extrajo una apreciable cantidad de droga, que volcó en un papel doblado al medio. Luego esnifó repetidamente de la punta de la cuchilla.

-Bueno —comentó Walker-, no hay médicos cerca pero sí bastante medicina, ¿no lo crees?

-Algo es algo.

Cayó la noche, clara y cálida. Comieron los restos de bocadillos de jamón barato (no se conseguía otro mejor en Nicaragua) y bebieron de la única botella de whisky que habían traído. Se habían aprovisionado solamente para unas cuantas horas de vuelo. Ni siquiera les cruzó por la mente racionar las escasas vituallas.

\*

\*

\*

Jameson se había tendido sobre los asientos, dentro del *cockpit* de la avioneta, en la estrecha franja que dejaban libre los hierros retorcidos. Por su parte, Walker improvisó una bolsa de dormir con mantas y la colocó a unos cinco metros de la aeronave siniestrada; sobre una superficie yerma, de modo que se humedeciese lo menos posible. Miró las estrellas y comenzó a evaluar su situación, tratando de hallar la mejor manera de salir de ella sin mayores consecuencias. Había muy pocas líneas de acción posibles, y la

única que se le antojaba efectiva -aún con muchísimas circunstancias que eventualmente podían hacerla fracasar trágicamente- era la de cargar una buena cantidad de coca y dirigirse a alguna zona poblada en la cual cambiarla por alguna forma de llegar a la Florida. Si tan sólo un día antes le hubiesen dicho que terminaría como balsero, jugándose la vida en el Mar Caribe, habría reído a carcajadas de semejante ocurrencia. Sin embargo, las cosas parecían estar así. Intentaría pasar por turista, incluso pretendería ser canadiense, al menos hasta que alguna autoridad le pidiese que exhiba sus papeles. En ese caso, y siempre que no le descubrieran la droga, diría que había sido robado. Era un plan muy endeble, pero parecía ser el único viable. Y no lo contemplaba a Jameson. No podía andar por allí con un individuo con la cabeza rota sin llamar la atención. Debía deshacerse de él. No era nada personal. Sucedió simplemente que debía salvar su propio pellejo, lo que no le daba margen para redilgos de camaradería, o humanitarios, a secas. Ello lo llevó a una nueva disquisición, que versaba sobre qué hacer específicamente con Jameson. Si bien pesaban —o no tanto— sobre su conciencia un par de muertes, las había ejecutado en situación de combate, en tiroteos propios de su actividad. Nunca había ejecutado a un hombre indefenso, y mucho menos teniendo cierto conocimiento de él, como era el caso ahora. No estaba seguro de que no fuera a temblarle el pulso antes de despenarlo. De lo que sí estaba seguro era que Jameson no consentiría jamás en quedarse allí solo, por más promesas de rescate, vanas o no, que pudiera formularle. Lo que complicaba las cosas, y lo impulsaba

a considerar seriamente esa actitud criminal de la que no estaba tan seguro. Sin embargo, hurgó en su mochila, extrajo un revólver calibre 38 y lo aseguró en su cintura.

Estaba quedándose dormido, vencido por la fatiga y la tensión nerviosa, cuando un sonido lo devolvió a vigilia. Eran quejidos; largos, sufrientes, estertorosos. Algo andaba muy mal con Jameson. O era expresión de su cobardía, o la herida en la cabeza había sido más grave de lo que habían supuesto. Tal vez la propia naturaleza fuera a ahorrarle el mal trago de tener que asesinarlo, o quizá hallara la justificación de dicho acto a través de un contexto más piadoso, de corte eutanásico. Al cabo de unos minutos se acostumbró a los quejidos -los que por otra parte eran menos constantes y ruidosos- y por fin se durmió.

\*

\*

\*

Despertó al clarear el alba. Jameson no se quejaba, ni emitía sonido alguno. Pensó que tal vez estuviese muerto ya, así que se dirigió hacia los restos del avión a verificar su estado. Aún respiraba, aunque con ostensible dificultad. Estaba empapado en sudor, y temblaba. No necesitó tocarlo para saber que ardía, presa de la fiebre. La herida en su cabeza se veía muy mal, estaba cubierta por una costra oscura y supurante. La infección era virulenta, evidentemente. Y no tenían antibióticos. Lo más semejante a ello era el fon-

do que había quedado en la botella de whisky, pero de ninguna manera iba a desperdiciarlo en lo que parecía ser una causa perdida. En definitiva, la concatenación de hechos lo arrojaba a una sola salida, la que había evaluado la noche anterior. La cuestión era entonces qué hacer con Jameson, si rematarlo o dejar que la naturaleza hiciese el trabajo sucio. La primera hipótesis era más segura, pero al propio tiempo más costosa en términos de ética.

Mientras observaba a su maltrecho compañero, advirtió que entre el amasijo de hierros y otros materiales estaba el termo con café. Lo tomó, lo sacudió y comprobó que, curiosamente, el cristal interior no se había roto en el accidente. Bebió casi todo su contenido, ya frío. Un magro desayuno, pero en esas circunstancias no podía pedirse más. Jameson entonces pareció despertar. Farfulló algo ininteligible, apenas si podía abrir los ojos inyectados en sangre. Walker ni se tomó el trabajo de entender lo que quería decir, y menos de responderle algo, siquiera una frase de aliento. Toda su atención se concentraba en evaluar la condición del herido, tratando de asegurarse que podía marchar tranquilo sin tener que apresurar su deceso. No obstante, se maldijo a sí mismo por preocuparse tanto respecto de la diferencia tan nimia que mediaba entre abandonarlo a la muerte, o apresurársela. Tal vez esta última opción fuera incluso más humana, en definitiva. Pero eso ya lo había considerado la noche anterior. Era hora de tomar una decisión y comenzar a actuar, antes de que fuese demasiado tarde. En ese tren, preparó su mochila con algunas ropas —las mejores— y dos paquetes de cocaína de a kilo, a-

proximadamente. Destruyó toda su documentación y la de Jameson y luego juntó ramas y arbustos, con los que procedió a ocultar la avioneta lo mejor que le resultó posible. No le prendió fuego por cuanto la columna de humo llamaría la atención a varias millas a la redonda.

Antes de sellar la improvisada tumba tecnológico-vegetal del pobre Jameson, comprobó que éste no solamente no había mejorado, sino todo lo contrario. Luego emprendió la marcha hacia lo que supuso era el noroeste.

Atravesó bosques y pantanos, poniendo especial empeño en no embarrarse, porque toda la mugre que fuera juntando conspiraría contra su idea, tal vez peregrina, de pasar por turista. Entonces recordó que en todo caso le convendría decir que era canadiense, para evitar un poco la animosidad que sentían los cubanos para con los norteamericanos. Luego de algo así como tres horas de caminata llegó hasta un arroyo a cuya vera, sentado sobre una roca, un anciano moreno arrojaba una y otra vez la línea de pesca. El hecho de que se tratase de una persona mayor le pareció halagüeño. Representaba menos peligro que un hombre joven -o que una mujer, elemento caótico si los hay en cualquier sistema-. Un anciano generalmente garantizaba serenidad, experiencia, ecuanimidad. Esperaba que aquél no fuese la excepción y pudiera ayudarlo de algún modo.

-Buenos días -dijo, valiéndose del mal pronunciado español que había adquirido en los sucesivos viajes a Latinoamérica. El viejo respondió con un

movimiento de cabezaaa, sin casi dirigirle la mirada. – Estoy perdido -agregó.

-¿Adónde quiere ir? –Inquirió, con tono directo y cortante. A Walker le pareció prudente dar alguna explicación previa a declarar sus intenciones, así que rebuscó pacientemente las palabras y articuló:

-Me engañaron unos ladrones. Me llevaron a paseo y se quedaron con mi dinero y mi pasaporte. Necesito volver a los Estados Unidos, pero escondido.

-Entonces está en problemas. Sin dinero, es imposible hacer algo como eso.

-Sin embargo, pude ocultar quinientos dólares.

-Eso es otra cosa. No le va a lcanzá pa'l viaje, pero al menos no se va a morí de hambre en el entre tanto –levantó la línea y la enrolló en sus manos, unas manos de cuero curtido, huesudas. Se incorporó y añadió: -Venga pa'mi casa. Vamo'a comé algo, que se nota que le viene en falta. Aparte ahí va'star tranquilo, y sobre todo, fuera del alcance de la milicia.

Quizá el viejo estuviera deslizándose que sabía que había mentido, que no era un turista timado, sino algo muy distinto. Pero no parecía importarle mucho. Y si así era, tanto mejor. Abría un abanico de posibilidades mucho mayor en cuanto a la consecución de su objetivo.

\*

\*

\*

A poco ingresaron en una casilla de madera, a la vera del mismo arroyuelo, en medio de un bosquecito de encinas. No se veía ninguna otra vivienda en los alrededores, por lo que Walker consideró que se trataba de un lugar perfecto para ocultarse mientras articulaba alguna acción concreta en vista a su regreso a los Estados Unidos. El anciano abrió una botella de ron barato y sirvió tres copas, ya que una iba a ser ofrendada al *orichá* femenino que presidía el único ambiente de la rústica morada. Luego brindaron y bebieron. El anciano llevó al interior de su boca, con el dorso de su índice, el resto de bebida que había quedado en sus blancuzcos y ralos bigotes; los que, como su barba, contrastaban con la tez oscura del rostro. Luego lo observó con aire socarrón.

-Bueno, mi amigo -dijo al cabo-, iá lo he invitao a mi casa, pues. Y pa'su tranquilidad le digo que no soy amigo del régimen, ni ná d'eso. Ió solía ser un músico, ¿sabe?, y tocaba el contrabajo en un clú de Baradero. Mire los dedos como me han quedao, así, toos deformes. Pero era un tipo importante, tenía dinero y las mejores mujeres suspiraban por mí. Ahora, si no pesco, no como. Y doy gracias que no me han encerrao, como a varios de mis compas. Creo que ha sido la Madrecita, aquí presente, que me ha protegío -encendió un cigarro y la ahumó. -M'entiende, lo que le digo, ¿no?

-Sí, sí, por supuesto.

-Güeno, mejor así, pué. A lo que quiero iegar es a que puede hablar tranquilo, hombre.

-¿Perdón?

-Que lo he invitáo a mi casa, y eso es una señal de confianza, vea. ¿Acaso se piensa que me creí esa patraña de los guías ladrones? Soy viejo pero todavía estoy despabiláo.

Walker advirtió que el viejo había jugado una carta decisiva, y también que detrás de tal jugada relucía la codicia. Terminó la copa y se dio unos momentos para evaluar la respuesta. Luego dijo, simplemente:

-Estoy en problemas.

-D'eso iá me había dáo cuenta. La cosa es cómo salirse del embroio, vea.

-Claro que sí, la cosa es cómo salir.

-Tal vez, si me dijera la verdá, ió podría buscar alguna forma de ayudarlo.

Entonces, y de frente a lo que parecía ser su única posibilidad de acción, Walker se sinceró:

-Venía en una avioneta que cayó en la isla. Llevaba cocaína para los Estados Unidos. Pude salvar unas cinco libras, que las traigo conmigo.

-Ése es otro cantar —dijo el viejo. —No le digo que le asegura el viaje de güelta, pero casi.

-¿Usted me ayudaría?

-Claro, hombre, pero ni se sueñe que lo vua'cé por nada. Iá ve en la miseria que vivo; sería justo que saque algo d'esto, ¿o no?

-Claro, mire... es todo suyo. Yo sólo quiero que me ponga en un barco, o lo que sea que me lleve a la Florida.

-Me tendría que dejá' ver a una gente... después le digo. Ahora, por lo pronto, déme unos dólares

pa'comprá' comida decente. Y aguarde tranquilo, vio. Que ió ande cambiando dólares puede llevá a sospechá' a más de uno, así que tenga paciencia y espere. Tenemos que hacé' las cosas bien.

-Por supuesto. Haga tranquilo, y sobre todo, con cuidado –recomendó Walker, mientras extraía un puñado de dólares del bolsillo y se los tendía. El viejo los miró con cierto aire de codicia, le hizo un guiño, y salió. Walker era conciente de los riesgos. Quizá el viejo iría en busca de las milicias castristas para entregarlo a cambio de algún dinero. O de un grupo de maleantes que lo acabarían para repartirse la droga. Pero no le quedó otra alternativa que confiar y aguardar. La suerte estaba echada.

\*

\*

\*

Pasó el mediodía, y el viejo no había regresado. Walker estaba cansado, física y anímicamente. Inspeccionó el jergón del viejo y lo halló lo suficientemente sucio como para desechar la idea de arrojarlo en él a dormir un rato. En cambio, se tendió sobre el suelo de tierra apisonada, utilizando la mochila con la droga como almohada, para descansar la cabeza y para tenerla a buen recaudo. Durante un par de horas consiguió dormir, aunque una parte de su psique permanecía alerta a cualquier sonido proveniente del entorno. Por fin se levantó, sólo para sentarse en el

banco desvencijado que había ocupado antes. No había nada qué hacer, salvo aguardar. Y ésa no era situación que conviniera a su temperamento activo, lo que hizo que a medida que las horas iban pasando, la ansiedad se tornó prácticamente una tortura. Máxime con las especulaciones nefastas que la inacción, en concurrencia con su azarosa realidad, traía a su mente. Cuando caía la noche, y ya al resguardo de las sombras, cargó su mochila y salió a esconderse detrás de un árbol, manteniendo la choza a la vista. Si el viejo -con otros eventuales conjurados- intentaba sorprenderlo, le devolvería idéntica moneda. Y su amigo el 38 largo, otra vez en su cintura, lo ayudaría en tal empresa.

Sin embargo, y afortunadamente, no hizo falta nada de eso. Primero oyó el canturreo en español, y a continuación vio la silueta del viejo subiendo la barranca. Cargaba una bolsa de dimensiones considerables, y Walker se distendió, al tiempo que pensaba que por fin iba a tomar una comida decente. Hacía horas que su estómago rugía reclamando algo como eso.

-¿Qué se supone que anda haciendo, ahí afuera? -Lo increpó el viejo, ni bien Walker ingresó, prácticamente detrás de él. -¿Acaso no se da cuenta que si lo ven nos van a arrojar al mismo pozo, qué? ¿Se cree que estoy jugando, íó?

-Hombre, salí al matorral, y para eso aguardé hasta la noche. ¿Qué esperaba, que hiciera todo aquí dentro?

-Güeno, está bien. Pero tiene que ser prudente.

-Por supuesto que soy. Nadie más interesado que yo en serlo.

El viejo encendió tres velas de sebo, dejó una sobre la mesa, otra junto al fogón y la tercera la colocó frente al orichá. Después encendió el fuego y puso una olla de agua a hervir. —Ahora habrá que esperar —dijo, en tanto extraía una botella de ron y buscaba las copas. —Hace años que no tengo oportunidad de probar una delicia como ésta —observó, y volvió a servir tres raciones, una para la santa.

-¿Pudo hacer algún contacto? —preguntó Walker, ansioso por saber si su plan había avanzado algo.

-Estuve hablando, sí, pero no es nada fácil, ¿vio? Hablé con el Rodrigo Pinzón, uno que sabe embarcá gente pa'los Estáos Uníos. Pero me dijo que con los gringos es otro precio, usted sabe...

-¿Qué debería saber?

-Que no es lo mismo. La gente de acá se quiere ir pa'huí de la miseria. No se le pué sacá' mucho. En cambio, pa' sacá un gringo de la isla... se supone que los gringos tienen más, ¿vio? Aparte dice que es más peligroso. Que si lo pillan le agregan espionaje y lo fusilan. Así que se puso duro, pué.

-¿Le dijo de la cocaína?

-Y, le dije, le dije... algo le tenía que decí', ¿no? De no, adiós al viaje. Claro que le dije que tenía un par de libras, nomás. Porque sabe, amigo, el resto es pa' mí.

-¿Y aceptó?

-¡Le briiaban los ojitos, al muy avariento! Imagínese, tiene que embarcá' a un montón de gente pa'sacá' una tajada como esa.

-¿Y cuándo sería, el viaje?

-Tiene suerte. Mañana a la noche. Sale de un embarcadero que queda a seis horas de caminata. Y ió vuá'sé de la partida.

-¿Perdón?

-Sí, pues. Estuve pensando, ¿vio?, y me dije que no era casualidá que hubiera apareció usted. Toda la vida esperé pa'poder salí de acá, y la oportunidad me iega de viejo. Pero más vale tarde que nunca, dicen, ¿no es así? Cruzo y me quedo con un kilo de coca, o algo así. Espero que del otro láo me dé una mano pa empezá. Que haga lo mismo que estoy haciendo ió por usted, ahora.

Walker se quedó pensando. En realidad, que el viejo fuera a ser de la partida de alguna forma lo tranquilizaba. Era como que alejaba las suposiciones de que se tratara de una trampa. Bebieron otro rato, y encendieron sendos puros. Cuando el agua hirvió, el viejo extrajo de la bolsa una gallina y tomándola de las patas la introdujo en la olla unos momentos; luego la peló y volvió a arrojarla. A continuación se puso a mondar y lavar hortalizas y verduras, mientras comentaba, entusiasmado, que al fin iba a comer algo que no tuviese escamas.

\*

\*

\*

Pasó una noche inquieta, en idéntica posición a la que había ensayado a la tarde, y más o menos con los mismos resultados en cuanto a la superficialidad del sueño. Al clarear, ya hacía rato que estaba completamente despierto. El día fue insumido en los preparativos para el viaje: preparación de alimentos livianos y ricos en proteínas y que no fermentaran demasiado pronto, botellas plásticas de agua del arroyo, una requisa de las cinco libras de cocaína (el viejo la probó, hizo gestos de satisfacción y luego la separó en dos partes no muy equivalentes, reservándose, obviamente, la más generosa), etcétera. Lo que fue motivo de una acalorada disputa fue el revólver de Walker. El viejo aseguró que Rodrigo Pinzón, o “el Coronel” (así comenzó a llamarlo, dejando deslizar que se trataba de un alto oficial castrista) jamás consentiría en llevar un hombre armado, y muchísimo menos siendo americano. Walker insistió hasta donde pudo en conservarla, dado que el viejo no era transigente en modo alguno, apoyándose en el conocimiento que tenía del Coronel, quien sería capaz de suspender todo si insistía en viajar armado. Walker finalmente accedió, a regañadientes, aunque consiguió convencerlo de que la portaría hasta que llegaran al embarcadero, o poco antes. No se sentía seguro en Cuba, y el revólver era quizá el único elemento en su poder que le devolvía al menos un atisbo de su aplomo, el que, a decir verdad, no era escaso. Era un hombre acostumbrado a vivir en riesgo, y si algo había aprendido en su azarosa vida era que resultaba mucho mejor cargar un arma y no necesitarla que la viceversa. Mas por lo visto, en esta

emergencia no tenía opciones. Y el anciano mulato parecía decir la verdad. Así que se avino a la pauta, no sin un cosquilleo en las tripas al que se preocupó por no considerar premonitorio.

A eso de las 8 p.m. el viejo embaló, con todo tipo de cuidados, el orichá femenino de su devoción; luego se despidió en voz alta de la choza que lo había cobijado durante tantos años, y emprendieron la marcha, en la trémula luminiscencia del ocaso. Poco después atravesaban montes y claros pantanosos, en plena oscuridad, con las dificultades obvias para Walker, poco acostumbrado a esa clase de andanzas nocturnas por territorios agrestes. No obstante, su amor propio lo llevó a apechugar la situación de modo digno y sin expresar la menor contrariedad.

Hablaron muy poco durante el trayecto. Y fue sobre todo el anciano quien lo hizo, refiriéndose específicamente a ciertas peculiaridades del Coronel Pinzón. Comenzó por aclarar que, obviamente, Rodrigo Pinzón no era su verdadero nombre, y tampoco lo era el grado militar que constituía su apodo, aunque militar era. Todas esas precauciones venían a cuento por el proverbial rigor con el que Castro castigaba a quienes hallaba incursos en hechos de corrupción. En este orden de consideraciones, el viejo le anticipó que el Coronel solía exigir, en sus “embarcos”, pautas de conducta y acción muy definidas aunque difíciles de interpretar desde el punto de vista de su funcionalidad. Ello así, por razones de seguridad que jamás se molestaría en explicar, pero a las que había que someterse so riesgo de vida. Walker entonces respondió

que aceptaría cualquier condición con tal de volver a poner pie en tierra norteamericana.

Luego de horas de penosa marcha, cuando Walker ya desfallecía, treparon a un risco y oyeron el sonido de las olas rompiendo en la orilla rocosa. Se sentaron unos momentos a recuperar el aliento, y el viejo señaló unas formaciones oscuras unos doscientos metros hacia lo que supuso Walker, era el oeste.

-Allí no' espera el Coronel. Hable solamente si es él quien lo requiere. Sino, déjeme hablar a mí, pues. Hay veces en las que no quiere hablar con los pasajeros. Es probable que ésta sea una, sobre todo tratándose de un americano. O pué que no, qué sé ió, capaz que precisamente por eso quiera habla'le. Uno nunca sabe lo' asunto' de esta gente. Y mejor así, pues. Cuanto uno menos sepa, más seguro. Déme el revólver.

En el momento que entregaba el arma, Walker sintió que había traspasado una línea indebida. Si bien estaba ya desde antes a merced de las fuerzas de un destino caótico, ahora estaba atado, de pies y manos, a cualquiera que se le ocurriese despojarlo de lo que fuese, incluyendo la dignidad y la propia vida. El viejo aseguró el revólver en su ajado cinturón, se puso de pie, cargó su equipaje y emprendió el descenso del promontorio. Walker hizo lo propio.

\*

\*

\*

Unos treinta metros antes de llegar a la barra-ca, les salió al paso un hombre armado con un pesado fusil, y con la mayor parte del rostro cubierta por un pasamontañas.

-Soy Eusebio Paz. El Coronel me'stá esperando pa' viajá –dijo el viejo, y allí Walker se dio cuenta que jamás se habían presentado formalmente.

-¿Y éste?

-Éste es mi amigo americano, el que quiere volvé. La verdá que ni sé cómo se iama, pero a quién l' importa, ¿no?

-Caminen –ordenó, siguiéndolos mientras los apuntaba, como si estuviese llevándolos prisioneros, o acaso así era. Los condujo hacia una especie de alero debajo del cual otros tres individuos, también encapuchados, bebían y fumaban puros.

-Buena' noches, Coronel. Aquí estamo', pues.

-Vamos a ver, todavía, si son buenas noches o no. ¿Trajeron la mercadería?

-Por supuesto, Don Coronel, vea –dijo el viejo, mientras hurgaba en su bolso. Sacó el paquete y se lo tendió. El presunto Coronel lo tomó, y muniéndose de una navaja, lo abrió cuidadosamente. Luego probó el contenido, y dijo:

-Es buena, sí, pero... ¿están seguros de que es todo lo que tienen?

-También tenemos este revólver –dijo el viejo, mientras descorría su chaqueta y lo mostraba. –Si lo quiere, tomeló, pues.

Uno de los laderos se incorporó, extrajo el revólver del cinto y se lo alcanzó al jefe, quien lo escudriñó unos momentos, susurró *no está mal*, lo a-

martilló y les apuntó despaciosamente, incluso con cierto desdén. Walker maldijo el momento en el que lo había entregado. Encontraba absurdo el hecho de ir a ser fusilado con su propio revólver, el mismo que más de una vez le había salvado la vida.

-Cuando pregunté si era todo lo que tenían, me refería a la coca, viejo estúpido –aclaró, sin dejar de apuntarles; cosa que tampoco había dejado de hacer, a sus espaldas, el centinela que los había conducido hasta allí.

-Por supuesto, Don Coronel. ¿Qué se piensa? ¿Qué no tengo bastante conirme pa'los Estáos Uní-os?

-Revísenlos –ordenó a sus secuaces, mientras ingresaba a la barraca a guardar la droga. Walker se dio por perdido. En cuanto descubrieran la felonía, eran hombres muertos. Y ni siquiera tenía su revólver para morir en combate. Sin embargo, luego de la más prolija requisa imaginable, el resto de la cocaína no apareció. Walker volvió a vestirse, bañado en profusa transpiración; tanta, que por un momento llegó a pensar que delataría su tensión nerviosa. ¿Qué habría hecho el viejo con el lote faltante?

-¿No hay nada más? –Preguntó el Coronel, regresando desde el interior de la barraca.

-No, mi Coronel. Están limpios. Ni documentos, tienen. El viejo mierdoso éste tiene doscientos dólares americanos, más o menos.

-Déjemelos, mi Coronel –rogó el viejo, con aire lastimero. –Pa'comé algo aiá, hasta que me la' arregle.

-Está bien, pero el gringo deberá dejarme su reloj y su anillo.

Walker se los entregó sin dudar un instante. El Coronel los examinó cuidadosamente, los guardó en un bolsillo de su chamarra y luego ordenó a sus hombres:

-Llévenlos al barco y enciérrenlos en la bodega.

Así fue que abordaron, a punta de fusil, como si hubiesen sido prisioneros, o esclavos. De cualquier forma nada garantizaba que la cosa no fuera a terminar de ese modo, o de otro muy parecido. Incluso, peor. Pero no había nada que hacer. Cuando la ola del destino se hace bravía, solamente resta tratar de mantenerse a flote a como sea. Aunque tal vez la secuencia de hechos lo estaba induciendo al pesimismo. Acaso todo terminara bien, y en unos pocos días estaría a salvo en su casa. Aunque más valía estar preparado para lo peor.

Oyó unos pasos en cubierta, algunas voces y a poco advirtió que la travesía había comenzado. El barco de pequeño porte se mecía en el oleaje propio de la costa cubana, buscando la quietud del mar abierto. Walker, cuyo estómago estaba más que fogueado para el vuelo, se percató con desazón que no lo estaba para la navegación, y a poco fue víctima de un mareo agónico, agravado por el olor a combustible que impregnaba la bodega, y por la oscuridad, que impedía la visión de elementos que le permitieran fijar la vista en referencias espaciales, dejándolo con la sensación de estar dando vueltas.

-Me siento verdaderamente mal –dijo al viejo. Notó que éste se movía, y luego de unos instantes vio los regueros de luz de un fósforo que se encendió recién al tercer intento, y luego prendía su fuego a una vela. Entonces una tenue luz rojiza ganó algo de terreno a la penumbra.

-No me empiece a hacer el delicáo, ahora. Falta que embadurne de porquería esta bodega de por sí malholiente...

-Creo que no puedo prometérselo.

El viejo hurgó en su bolso y le alcanzó una bolsa de nylon.

-Tome, cualquier cosa, vomite acá adentro.

Walker la tomó y recostó su cabeza. Una profusa secreción salival le llenó la boca, y después de unos cuantos minutos de sufrimiento, volvió el estómago, adentro de la bolsa, como el viejo le había indicado. Luego de ello se sintió mejor, y se quedó dormido.

\*

\*

\*

Cuando despertó, se encontró sumido en la más profunda oscuridad. Tal vez la vela se había consumido. No tenía idea de cuánto tiempo había dormido, sólo sabía que lo había hecho pesadamente, sin guardar conciencia siquiera de haber soñado algo.

-Don Eusebio –llamó, sin siquiera considerar la posibilidad de estar interrumpiendo el descanso del viejo. No obtuvo respuesta, así que repitió el llamado, más estentóreamente, mientras tanteaba en la oscuridad con manos tan invisibles como el entorno. Continuó invocándolo, casi a voz en cuello, y recorriendo a tientas prácticamente toda la bodega, hasta que concluyó que estaba solo. No pudo evitar formularse toda una serie de conjeturas, a cual más alarmante, aunque tampoco pudo abonar mejor alguna que otra. No entendía a los cubanos, y probablemente jamás fuera a hacerlo. Finalmente dio con la vela y la encendió. Vela en una mano y encendedor en la otra, obtuvo la suficiente cantidad de luz como para advertir que no solamente Eusebio no estaba allí, sino tampoco su orichá, su equipaje y ni siquiera el equipaje propio. Sintió las desbocadas palpitaciones de su corazón, y la presión arterial que aumentaba al ritmo de su estupefacta desazón. Algo andaba muy, muy mal. No tuvo dudas de que había sido objeto de una trampa artera, cuyo final sería nefasto. Se arrimó a la puerta por la que habían sido introducidos, ubicada de modo que se abría hacia arriba, recortada en lo que constituía la techumbre baja de la bodega y a la vez el piso de cubierta. Silenciosamente, aplicó todas sus fuerzas intentando abrirla, pero fue en vano. Tal esfuerzo inútil lo llevó al furor, y entonces golpeó la puerta con todas sus fuerzas mientras vociferaba, en inglés, que lo dejaran salir de allí, primero suplicando, luego profiriendo imprecaciones e insultos. Obviamente, no obtuvo respuesta alguna.

Al cabo de un rato la vela se había agotado, por lo que quedó sumido nuevamente en una oscuridad tan absoluta como la de su ánimo. Para colmo su encendedor ya estaba quedándose sin gas, y no tenía cigarrillos, harto necesarios en una situación tensa como la que atravesaba. El tiempo transcurría, mas no podía determinar a ciencia cierta cuánto, dado que no tenía referencia alguna de su transcurso, aunque cada pequeño lapso le parecía una eternidad. De cuando en cuando oía señales de actividad en cubierta, voces y risas. Trataba de confortarse pensando que más allá de todas las vejaciones, finalmente le permitirían desembarcar en su patria.

Pero el tiempo pasaba sin novedad, anegando cada vez más sus esperanzas en las marismas de la angustia. La necesidad de tabaco fue dando lugar a otras tiranías aún peores, como la sed primero, luego conjugada con el hambre. De nada servían sus esporádicos y cada vez menos ruidosos pedidos de clamen-  
cia. Inspeccionó la bodega en busca de agua, o de algo que comer, a la luz de la declinante llama de su encendedor, comprobando que la única materia orgánica que podía ser devorada era el contenido de la bolsa que el viejo le había alcanzado para que vomitase. Y eso era demasiado para él, al menos hasta entonces. Caviló allí que jamás en su vida había sufrido hambre, ésa era una experiencia nueva y nada grata. Tal vez si hubiese pasado por ello antes se habría munido de mejores armas para afrontar la contingencia, pero ésa era sólo una conjetura. Lo único que podía hacer era aguardar, en el mejor de los casos el desembarco, en el peor, la muerte o la esclavitud. Aunque... ¿qué

sentido podía tener el someterlo a torturas de esa manera tan brutal para luego dejarlo marchar? A medida que el tiempo pasaba y el sufrimiento aumentaba, la hipótesis positiva era cada vez más quimérica. Aquello que en un principio le había parecido la peor salida posible, esto es, presentarse ante el régimen castrista buscando una eventual deportación, lucía ahora como una oportunidad perdida. Cada vez que tuvo que defecar u orinar los detritus de las cada vez más pretéritas ingestas, lo vivió como un despojo de elementos vitales para su supervivencia. Y lo hizo en un rincón de la estrecha bodega, cosa de no agregar pestilencia a su ya de por sí abyecta prisión.

En un momento la nave comenzó a balancearse más que de costumbre, pero eso ya hacía mucho que había dejado de afectarlo. A poco oyó las ráfagas del viento y los rugidos del trueno. Atravesaban una tormenta. Deseó que el barco se fuera a pique, ahorrándole así padecimientos, condensándolos en sólo un puñado de minutos de agonía. Pero nada de eso sucedió. En cambio, una gota cayó sobre su cuello. ¡La lluvia era tanta que se filtraba por la puerta horizontal! Tanteó hasta hallar las ranuras, y las siguió ávido, con la mera lengua, mas consiguió absorber tan poca humedad que casi ni podría asegurar que en verdad lo había hecho. Luego de un rato de vanos y frustrantes esfuerzos, temblando de desesperación, volvió a dejarse caer. Sollozó un poco, conciente de estar desperdiciando inútilmente el agua corporal. Intentó rezar, pero no fue capaz de sentir ni una sola de las palabras

que su memoria había guardado de su remota formación metodista.

Sus fuerzas fueron mermando más y más. Ya casi no podía salir de una especie de languidez somnolienta, la que de todos modos resultaba piadosa, por cuanto la vigilia lo arrojaba a un estado de sorda desesperación. A enfrentarse a una situación de agonía absurda e injustificada. ¿Tanto odiaban los cubanos a los americanos? ¿Tanto como para someter a sufrimientos tan crueles a un tipo que jamás les había hecho nada? ¿O estaba pagando con tortura seguida de muerte el delito de ingresar drogas en la isla? Deseó permanecer así, como dormido, hasta que la muerte lo alcanzase por fin; y maldiciendo cada vez que un lapso de vigilia ganaba espacio en su mente.

\*

\*

\*

La claridad que entró al abrirse la puerta, justo sobre sus ojos, fue suficiente para cegarlo. Lo despertó de un sueño tan profundo, tan cercano al coma, que se halló impedido de reaccionar siquiera para colocar la mano como visera ante el encandilamiento, tal era su debilidad. Vio la cara del viejo mulato como si hubiese sido la del mismísimo demonio, y detrás, a los dos hombres de negro, ahora desembozados, lo que para nada constituía una buena señal. El odio que sintió por la traición del moreno a punto estuvo de matarlo, porque agotó buena parte de las pocas energías

que le quedaban. Sintió que fibrilaba, y vio unas cuantas luces de colores por encima de la que recién había vuelto a percibir, desde vaya a saber cuánto tiempo atrás. Cuando, mal que mal, volvió del trance, oyó que el viejo preguntaba:

-¿Iá se habrá ablandáo lo suficiente?

-Claro, viejo, a ver si se muere, todavía –respondió el hombre a su derecha, apartándolo del hombre y descolgándose en el interior de la bodega. Walker sintió que lo levantaba en vilo, sin la menor consideración, y lo colocaba para que su compañero, pasándole los brazos por debajo de las axilas, lo arrastrara sobre cubierta. Luego volvieron a levantarlo de modo que pudiera observar por sobre la borda. Por la posición del sol, debía ser más o menos cerca del mediodía. A lo lejos, a babor, podía divisarse la costa.

-Vamos a dejarte ver la tierra prometida –dijo uno de los hombres. –Pero jamás podrás poner un pie en ella.

-Algo así como un Moisés moderno –aclaró el viejo, con sorna.

Los pensamientos se agolpaban en la mente debilitada de Walker. Quería manifestarles que jamás iba a decir una sola palabra acerca de ellos, rogarles que lo dejaran vivir; quería preguntarles por qué se habían ensañado con él de ese modo, pero no pudo dar voz a ninguno de esos mensajes, aunque pugnaran por salir con la desesperación ciega de la conciencia ante el final inminente. Mas aún le esperaban sorpresas nuevas y más desagradables.

-Estuvimos cebando el mar desde temprano – dijo uno de los hombres, mientras lo tomaba de los pelos para inclinarlo sobre la borda, para que observara varios escualos debatiéndose en frenesí alimentario alrededor de una mancha aceitosa, en la que flotaban desperdicios de pescado. Walker sollozó, y pudo hacerlo porque era un acto fisiológico, que operaba sin voluntad alguna. Sin embargo, a causa de esa ruptura y tal vez en mucho por el pánico, algo se destrabó y pudo pronunciar una sola y breve palabra:

-¿Why?

Los tres estallaron en carcajadas, y la algarraba duró un buen rato.

-Quieres saber por qué, ¿verdad? –Dijo el viejo. –Está bien, creo que tienes derecho a saberlo. Sobre tó porque parece ser tu último deseo. En Cuba no nos gustan los traidores.

Walker quiso girar la cabeza, para expresar, aunque más no fuese con la mirada, la idea de que él no los había traicionado, que ni siquiera había pasado por su mente tal cosa, pero no pudo. Los hombres lo giraron ciento ochenta grados y lo sentaron sobre la borda.

-Aparte –continuó el viejo,- ¿qué vale la vida de un traidor' bastardo traficante de drogas? ¿Tres libras de cocaína? No, señor. Hay quien ha pagado mucho más, y encima no es traidor'.

La sangre de Walker se congeló cuando vio salir de la cabina a Jameson, con la cabeza vendada y una expresión de satisfacción que se le antojó diabólica. Se acercó hasta ellos lentamente -o al menos eso

fue lo que Walker experimentó-, como disfrutando cada segundo de la macabra secuencia. Se plantó frente a él y con poderosa garra lo tomó de la pechera de la camisa, trayéndolo hacia sí hasta que sus rostros casi se tocaron. Se miraron intensamente, uno con pavor, el otro sin abandonar esa sonrisa macabra que paulatinamente fue transformándose en un rictus de odio.

Finalmente, y con desprecio, lo empujó hacia atrás.

## **Dos**

Salvador de los Santos no tenía ganas de levantarse esa mañana. Se sentía muy mal, física y anímicamente. La noche anterior, como todas, había bebido ron barato hasta quedar casi inconsciente. En tanto él se embriagaba con clara intención escapista, Rita, su mujer, lo había fustigado de continuo, diciéndole que era un perdedor, un ebrio torpe e inútil, juicio que según su propia visión no distaba mucho de ser cierto, pero jamás iba a concedérselo. Menos aún conociendo la causa de la animosidad de ella: se hallaba nerviosa y frustrada por que no la proveía del dinero suficiente para adquirir cocaína. Apenas si tenía para comprarse el apestoso ron, con el que satisfacía su vicio. El de ella, era mucho más caro, y con seguridad más tiránico. Tanto así como para llevarlo a conjeturar que durante sus salidas, cada vez más frecuentes y largas, seguramente se prostituía por un par de gramos. Y la sensación amarga que tal certeza le producía también lo impulsaba a refugiarse en aquel sopor, torturado y doliente; mas así y todo, preferible a otro día de deambular por las playas juntando latas vacías y otros desperdicios que dejaban los turistas, para obtener lo suficiente para una comida magra y con suerte una o dos botellas de licor innoble. Pero era conciente de que si no lo hacía, se las vería en figurillas para comer algo y beber un trago. Así que, luego de un rato de nerviosas vueltas en pos de mejores

posiciones para su adolorido físico, se incorporó, tomó la gran bolsa de arpillera plástica que utilizaba para acopiar basura reciclable y salió al soleado suburbio latino. Comenzó a caminar en dirección a las playas, y al pasar por un *drugstore* invirtió sus últimas monedas en aspirinas y una soda.

Ya en la playa, no pudo dejar de ofuscarse, como cada día, ante toda esa gente asoleándose, bebiendo tragos caros, practicando deportes náuticos munidos de equipos cuyo valor probablemente superaría sus ingresos anuales, haciendo patente una injusticia social que ya comenzaba a rebelarlo desde lo más íntimo de su ser. Debía hacer algo. Debía encontrar la forma de revertir su situación personal en ese aspecto, pero no hallaba cómo, más allá de esas maniobras delictivas que fantaseaba pero que aún no se atrevía a intentar. Mas la realidad no le estaba dejando alternativas. Estaba perdiendo definitivamente a Rita, a quien odiaba tanto como amaba. La odiaba por sus infidelidades, a las que en cierto modo justificaba porque no eran motivadas por pruritos eróticos sino que operaban a causa de la necesidad de droga. Y era esa justificación la que le impedía dejar de amarla, la que lo hacía sentir culpable por no poder brindarle siquiera una internación que la volviera a sus cabales, que la llevara a ser nuevamente la morena suave y sensual que lo había conquistado. Y por la misma causa se odiaba a sí mismo, y se hacía eco de todas las críticas que ella, tan ácidamente, le enrostraba. El resentimiento bullía en su interior, y se resolvía en una suerte de comando imperioso: tenía que hacer algo. Y rápido.

Comenzaba a rebuscar latas en el primer cesto de basura de su recorrido habitual cuando todas las consideraciones previas hicieron eclosión, de modo que, en lugar de recolectar, arrojó la bolsa dentro del basurero y continuó caminando, con una mezcla de odio y determinación. Pero la suya era una determinación tan ciega como sordo era su odio -si resultan admisibles estas figuraciones de algún modo sinestésicas-. Eso sí, era totalmente conciente del cóctel explosivo que comportaba esa suerte de desborde emocional.

No tenía consigo arma alguna, siquiera un cuchillo, así que en todo caso debía apelar a las tácticas del descuidero. O sea, acecharía a quienes portaran elementos valiosos o sugestivos y aprovecharía el momento propicio para arrebatárselos, poniendo especial atención a las vías de escape. Al momento de efectuar este análisis, un nuevo sentimiento se sumó a los antedichos, y era el temor. Temor de ser capturado, encarcelado, tal vez apaleado, y seguramente deportado. Intentó tranquilizarse diciéndose que no asumiría vías de hecho sino hasta estar completamente seguro del éxito de la empresa. Así pues, tomó asiento en una banca de piedra debajo de unas palmeras, de frente a un restaurante caro ubicado a escasos metros de una avenida repleta de transeúntes -entre los cuales podría eventualmente perderse-, y comenzó a observar a la concurrencia. En las suntuosas mesitas exteriores, cada una provista de su sombrilla color bordó con borlas blancas, tomaban sus *lunchs* tres parejas, dos de ellas con hijos pequeños, una anciana y la que probablemente fuese su nieta, de unos quince o dieciséis

años, y un hombretón rubio con casaca de los *Heats* y gruesos anteojos de sol. La anciana, tanto por la posición como por su esperable falta de reflejos, parecía ser el blanco más propicio. Instintivamente, evaluaba la situación del mismo modo que lo hacen los predadores del reino animal.

Estaba a punto de dar el zarpazo cuando, en el último relevamiento previo a la acción, se percató de que el hombretón rubio con casaca de los *Heats* parecía estar mirándolo de soslayo por detrás de los anteojos para sol. No lo miraba directamente, ni siquiera tenía la cabeza alineada hacia él, pero sintió su mirada. Y la sensación de estar siendo observado subrepticamente, justo cuando él mismo se hallaba en situación de acecho, lo hizo estremecer. ¿Quién era ese individuo? ¿Acaso un policía encubierto? ¿Qué interés podía tener en él? ¿Habría advertido la maniobra que estaba preparando, dispuesto a su vez a saltar y detenerlo justo en el momento crucial?

Se quedó magnetizado, mirando fijamente al sujeto. Comenzó a pensar que tal vez el hombretón rubio con casaca de los *Heats* estaba abstraído, mirando sin ver, y que quizá ni siquiera estuviese observándolo. “Lo más probable”, pensó, “es que sea producto de mi paranoia”. No era extraño que así fuese, de frente al cruce de líneas que suponía el ilícito que estaba a punto de cometer. Fue entonces que el hombretón rubio con casaca de los *Heats* se volvió directamente hacia él, bajando los anteojos con su mano izquierda hasta la punta de la nariz, dejando que sus ojos claros lo escudriñaran, ahora sí, desembozada y atrevidamente. Sal no pudo sostener la mirada; rotó la

cabeza hacia un lado, sintiendo que con su actitud esquivaba ponía en evidencia sus planes delictivos. Y ello lo enervó, agitó de nuevo su resentimiento social, le hizo vivir como un oprobio tal actitud de sumisión. Así que volvió a girar la cabeza y le dirigió una mirada furibunda. Para su sorpresa, el hombretón rubio con casaca de los *Heats* volvió a subirse los anteojos, descuidadamente, y lo instó a que se acercase, agitando los dedos de su mano izquierda hacia sí. Tal actitud lo desconcertó. Miró detrás suyo, para ver si la señal era dirigida hacia alguien más, pero sólo vio a la gente caminando lentamente por el boulevard costero. Volvió a mirar al hombretón rubio con casaca de los *Heats*, y se señaló el pecho con el índice de la mano derecha, al tiempo que preguntaba quedamente “¿A mí?”, dejando que tanto la seña manual como la lectura de labios concretaran el mensaje. El hombretón rubio con casaca de los *Heats* asintió con la cabeza. “Veamos de qué se trata”, pensó Sal. “Tal vez invite algo.”

-Buen día –saludó, luego de aproximarse a la mesa del hombretón rubio con casaca de los *Heats*.

-Buen día, amigo –respondió el hombretón rubio con casaca de los *Heats*, en español, aunque con un acento tal que denotaba un escaso manejo de ese idioma, al tiempo que extendía la mano. Sal la estrechó, y luego aceptó la silla que le era ofrecida.

-¿A qué debo el honor? –Preguntó Sal, con una cierta ironía que conllevaba la intención de trasuntar su resentimiento social.

-Hombre, el honor es mío –respondió el hombretón rubio con casaca de los *Heats*, ahora en su pro-

pio idioma. –Acabo de llegar y no conozco a nadie por aquí. Pensé que tal vez estuvieras dispuesto a ayudarme un poco.

–Hay agencias de turismo por millares, en las cuales puede solicitar tal cosa –aclaró Sal, intentando dejar sentado que no era tan estúpido como para creer semejante patraña.

–No he venido aquí en tren de turismo –repuso el hombretón rubio con casaca de los *Heats*.

–Entonces debería decirme cuál es su tren y por qué me ha escogido. Y más que por qué, le preguntaría para qué.

–Oye, amigo (otra vez en español), ¿no crees que antes de ir al grano debería invitarte algo, y presentarme formalmente?

–Está bien, me gustaría tomar tocino y huevos y jugo de ananá con ron, para el desayuno.

El hombretón rubio con casaca de los *Heats* llamó al camarero y le indicó que sirviera a Sal según sus deseos. Luego se presentó.

–Vengo de Atlanta. Me llaman Jameson (y suerte que por fin lo dijo, así no tendremos que volver a referirnos a él como el hombretón rubio con casaca de los *Heats*).

–Encantado, Jameson. Soy Sal.

–Oye, Sal, presiento que seremos buenos amigos.

–No estoy buscando amigos, ¿sabe? Ya tengo suficientes problemas.

–Según yo veo las cosas, los amigos sirven para ayudar a solucionar problemas, y no para causarlos. Si así fuese, no serían amigos.

-No he conocido a nadie, ni en mi tierra ni en ésta, que se preocupe demasiado por los problemas ajenos. Los únicos que se rascan hacia fuera son los perros. Todos los demás se rascan hacia adentro.

-Eso es cierto, sabes. Pero hay veces en las que determinados estados de necesidad generan asociaciones provechosas para las partes.

-No parece que nuestros estados de necesidad estén parejos –observó Sal, otra vez tiñendo sus dichos de ironía.

-Uno nunca sabe... –respondió Jameson, enigmático, y añadió: -si tus problemas se pueden arreglar con dinero, no son tan graves.

-Ah, ¿no? Pues bien, eso es lo que suelen decir los que lo tienen.

-Entiendo que pienses de ese modo, pero debes concederme que el hecho de tenerlo muchas veces da una posibilidad mayor de ser objetivo al respecto.

-No sé, puede ser –dijo Sal, fastidiado, no entendiendo muy bien el tenor de la frase. Pero se encontró menos molesto cuando sintió el aroma del tocino crocante y la fragancia del ananá con ron, que el camarero había depositado frente a él. Al menos no tendría que preocuparse por la comida de ese día. Y tal vez sólo fuera cosa de seguir la corriente un rato a un ricachón excéntrico. En todo caso, era mejor que ir a dar con sus huesos a la cárcel. Pero a ultranza sólo constituía un paliativo momentáneo, el problema real continuaba sin ser resuelto. Aunque tal vez el tal Jameson era capaz de brindarle alguna instancia de solución. Por lo visto, necesitaba de él. Mas debía mantenerse cauto. Al menos hasta estar al tanto de qué era

lo que pretendía. Comió con fruición, sin preocuparse demasiado por los modales ni por la impresión que pudiera dar a su convidante y a las demás personas del entorno. Dejó el cóctel para el final. Jameson, como si respetase el ritual alimentario, giró noventa grados su silla, estiró las piernas y se quedó viendo en dirección a la playa. Cuando Sal acabó con la comida y empezó con el trago, le convidó un *Lucky Strike*.

-Bueno, ¿cuál es el asunto? –Preguntó Sal.

-Ahora que has hecho los honores correspondientes a la comida, y advirtiéndote que eres un muchacho despierto e intrépido, voy a decirte que se trata de un asunto que puede resultar algo peligroso.

-¿Cómo sabe que soy intrépido?

-Lo sé porque estuviste a un segundo de arrebatar la cartera de la señora que está platicando con su nieta justo detrás de ti.

Sal sintió el rubor subiendo por sus mejillas.

-No te incomodes –continuó Jameson. –No quiero que tengas una falsa imagen de mí. He hecho cosas mucho peores en mi vida, créeme, y ni siquiera tenía motivos tan apremiantes como supongo debes tener tú.

-Yo le agradezco la comida y todo lo demás, pero no tengo intenciones de involucrarme en nada peligroso, por el momento –De modo tácito, advirtió, estaba reconociendo lo atinado de la observación que le había sido formulada.

-Vuelvo a decirte, no te sientas mal. Sucede simplemente que vi lo que estabas por hacer, y me dije "¡Diablos!, este muchacho está a punto de arriesgar todo por migajas". En todo caso, lo que necesitaría

que hagas, es tan arriesgado como eso, y ciertamente muchísimo más redituable. Es tu elección. No quiero que pienses que estoy presionándote. Te dejo mi número y luego, si es tu voluntad, me llamas. Pero no te demores, porque no tengo mucho tiempo. Y otra cosa, jamás le hables a nadie de mí, tanto si accedes a ayudarme como si no.

-¿Puedo pedir otro? -Preguntó Sal, mostrando el vaso vacío, y continuando con su modo indirecto de allanarse a los designios del enigmático americano.

\*

\*

\*

-La vida es muy difícil, a veces -comentó Jameson como al descuido, cuando en realidad ambos eran concientes que se trataba de un rodeo para no entrar de lleno en el tema.

-Ni que lo diga. Huí de Cuba apretado por el hambre y aquí, si bien consigo comer algo de vez en cuando, no consigo levantar cabeza.

-Mi padre era el miserable guardián de un estacionamiento. Además de borracho y pendenciero. Lo mataron en una reyerta cuando yo tenía ocho años. Mi madre no era mala, pero su vida le parecía mucho más importante que la mía, así que decidió vivirla, y para hacerlo a sus anchas me dejó a cargo de un vecino que parecía ser buena gente. Pero no lo era. Era un viejo avaro y pedófilo que me sometió a abusos labo-

rales y peor aún, sexuales. Lo maté antes de cumplir los trece. Desde entonces supe que me tenía que valer por mí mismo, y gracias a esta experiencia, si se quiere nefasta, no tardé en arreglármelas. Y ello gracias a que mi formación moral me permitía cometer atrocidades sin el menor cargo de conciencia. Incluso hasta hoy día me permito cometer tropelías en mi propio bien sin cuestionarme en lo más mínimo. No soy lo que se dice un buen tipo, ni tampoco estoy tratando de justificar nada. Solamente te digo que he aprendido a tratar bien a los que me sirven, a ayudar a los que me ayudan. Ésos son mis códigos, y si tengo una virtud es la de no aparentar ser lo que no soy. El mundo fue horroroso para mí cuando niño, ahora es sumamente placentero. Y si alguien debe sufrir para que yo mantenga ese estado de cosas, pues lo siento. En esta jungla el poder es del más fuerte. Y yo he tenido la oportunidad de endurecerme cuando ni siquiera era capaz de elegirlo. Ahora, simplemente recojo los réditos. ¿Crees que eso está mal?

-No, claro que no. Lo entiendo perfectamente.

-Ya lo sabía. Por eso es que te lo he dicho. Aparte, quería que supieras que no soy un niño rico de papá y mamá criado entre tules y reblandecido, sino una persona más parecida a ti de lo que las apariencias puedan sugerir. Y como pareces un muchacho muy despierto, me gustaría agregar que no quiero que pienses que invento cosas, o que te las cuento para ganar tu simpatía.

-Conozco a las personas. Me doy cuenta si mienten o dicen la verdad, señor.

-No me digas señor. Jameson está bien. Y quí-  
zá, con el tiempo, puedas llamarme Jamie.

-Para qué esperar, Jamie.

-Oye, vas deprisa.

-No tanto como debería ir usted, y decirme ya  
mismo qué es lo que se supone que espera que yo ha-  
ga.

Jameson rió quedamente. Luego dijo:

-Las cosas importantes no deben encararse a  
tontas y a locas.

-No tengo tiempo para perder, sabe.

-Bueno, la verdad, y pese al temple que tan  
sórdidamente tuve que ganarme, me cuesta un poco  
decirte lo que tengo que decirte.

-Dígalo y ya.

-¿Prometes no enojarte conmigo?

-¿Cómo puedo prometérselo si no sé de qué se  
trata? ¿Acaso es gay? En ese caso, olvídelo.

-¡Bueno, el que debería enojarse soy yo, aho-  
ra! ¿Acaso lo parezco?

-No, pero con tantos rodeos... qué quiere que  
piense...

-Bueno, ahí va. Estoy en conflicto con cierta  
gente; creen ir tras de mí, y creen también que huiré  
como conejo. Pero en realidad, me aprovecharé de e-  
so y les haré jugar el juego del cazador cazado.

-Suena peligroso.

-Sería extremadamente peligroso si nos con-  
dujéramos según sus términos, sin imponer los nues-  
tros.

-Vaya, parece que ya me ha incluido en su  
estrategia...

-Cuento contigo, es tu pasaporte a una vida mejor.

-Sí, mi pasaporte al otro mundo. O a la cárcel, en donde no deberé preocuparme por la comida diaria.

-Hablando en esa vena, me haces pensar que no es casual que estés en una situación tan miserable. Vas a ir directo a la cárcel, sí, y por mendrugos, si es que vas a dedicarte a arrebatar carteras de ancianas indefensas; no será así si muestras tus agallas trabajando conmigo. Y eso, si es que las tienes. Verás, esta gente maneja un negocio de millones al año, y quiere quitarme del medio porque me he quedado con una buena parte de su mercado.

-Suena interesante. Pero no me queda en claro para qué me necesita. Con una buena parte de ese mercado puede contratar profesionales para lo que sea.

-Ningún profesional o especialista tiene algo que tú tienes.

-¿A qué se refiere?

-A la capacidad de llegar a odiarlos tanto como yo.

-Oiga, no lo entiendo.

-Vas a odiarlos en cuanto te cuente lo que sé. Tiene que ver con drogas.

Inmediatamente, pensó en Rita. Y tal como Jameson adelantara, un odio virulento creció en su interior. Claro que también involucraba al propio Jameson. Sin embargo, antes de reaccionar, tentó:

-¿Y por qué supone que eso me haría odiarlos?

-He seguido hace varios días a una mujer, que pasa el día con ellos, les hace algunos recados y participa de sus fiestas íntimas. Pero luego va y pasa la noche en tu casa.

Sal sintió las frases como puñetazos en el alma. Sintió el impulso de devolvérselos a la cara, pero se contuvo. De todos modos, aquel desgraciado sólo había confirmado lo que él ya sospechaba con fuertes visos de evidencia. Acabó la copa de ananá con ron e hizo señas al camarero para que le sirva otra. Cuando la tormenta anímica menguó, ya estaba pensando que tal vez podría matar dos pájaros de un tiro. Al tiempo que cobraría venganza, tal vez sacaría de ello una buena tajada.

-Lo siento –dijo Jameson.

-No es tu culpa –respondió Sal, tuteándolo por primera vez.

-Ya lo creo que no. Pero bueno, así están las cosas. Te diría que no te atormentes, pero temo tocar zonas urticantes.

-No lo hagas, entonces.

-Como gustes.

-No alcanzo a entender en qué forma mi odio hacia esos sujetos, a quienes ni siquiera conozco, puede ser útil a tus planes. ¿Acaso quieres que me los cargue? ¿No temes que sea mi rabia, precisamente, la que ponga en peligro la empresa?

-Quiero que nos los carguemos, y no me agrada trabajar solo. Sencillamente, no estoy acostumbrado. No es cobardía, o miedo, es que se necesitan al menos dos personas para articular estrategias eficaces.

-¿Qué pasó con tus anteriores socios? ¿Acaso los han asesinado estos enemigos tuyos?

-A los dos últimos no les ha ido del todo bien. A uno lo maté yo, por felón. El otro era un viejo compatriota tuyo que se conformaba con migajas. Me abandonó, y luego lo mataron por migajas. Espero que no sea tu caso.

-No suena muy prometedor.

-Óyeme, Sal, ¿hay hoy día algo en tu vida que suene de ese modo?

El camarero depositó el trago sobre la mesa. Jameson pidió un escocés doble, y Sal, a pesar de haber sido servido, agregó:

-Que sean dos.

\*

\*

\*

Volvió a su casa cuando caía la noche, con una botella de ron (esta vez era *Bacardi*) y una cajetilla de *Lucky Strike*, gentilezas del tal Jameson. También tenía en su bolsillo el número de su teléfono satelital, al que había quedado en llamar en cuanto se decidiese a ayudarlo en su empresa criminal. Claro que no le había dado mucho tiempo. Apenas si había logrado convencerlo de que aguardase hasta que pudiera hablar, seguramente por última vez, con Rita, y eso iba a ocurrir de un momento a otro. Claro que Jameson,

ante tal requerimiento, le juró que lo mataría si llegaba a decir algo a la mujer que pudiera poner sobre aviso a sus enemigos.

Abrió la botella y comenzó a beber a morro. Encendió un cigarrillo y miró el único y miserable ambiente de su vivienda. Fue cuando supo que, fuera lo que fuese de su relación con Rita, haría ese trabajo sucio que quería encomendarle el tal Jameson. Y se despediría para siempre de aquel nido de ratas, de aquel barrio de indigentes, de aquella vida de privaciones.

Iba por la mitad de la botella, fantaseando con todas las satisfacciones que el dinero traería consigo, cuando entró Rita. Por todo saludo cruzaron miradas llenas de encono.

-Veo que te ha ido bien, hoy –dijo ella, al ver la botella de fino ron.

-Tú tampoco puedes quejarte –observó él, con aire misterioso.

-¿A qué te refieres?

-A que sería bueno que cayeran para este lado algunas de las migajas que te dan tus nuevos amigos ricos.

-¿Qué cosa dices?

-Sabes muy bien a qué me refiero.

-¿Acaso me has estado siguiendo?

-Oh, no ha hecho falta. Ya sabes lo rápido que corren los rumores entre la chusma.

-Tengo que despabilarme. Si dependo de ti, ya estaría bajo tierra.

-Vas a estar muy pronto bajo tierra si sigues aspirando las porquerías que te dan esos fulanos para

luego aprovecharse de ti. Si es que no te matan antes, en una de sus sesiones de sexo y sadismo.

-Eso era todo cuanto me faltaba oír de un ebrio bueno para nada –dijo Rita, mientras se encaminaba hacia el ropero y, con la premura propia de los actos intempestivos, comenzaba a arrojar sus ropas en un bolso. Era obvio que la actitud de Sal había precipitado una decisión que venía madurando desde tiempo antes. La dejó hacer sin decir palabra, continuó bebiendo y encendió otro cigarrillo.

-Espero que mueras como mereces, cirrótico y devorado por los piojos, so imbécil –dijo desde la puerta.

-Nos vemos en el infierno –fue la escueta respuesta.

Unos minutos y varios tragos después, se dirigió hasta un local de telefonía y llamó al número de Jameson.

\*

\*

\*

El calor del mediodía era agobiante, y se hacía más insoportable aún en virtud del traje que había tenido que ponerse por indicación de Jameson. Había dicho que debía vestirse de modo tal que no llamara la atención en un barrio residencial, en el que los individuos de aspecto pobre eran considerados sospechosos por su mera apariencia. Un plan extraño, el de Ja-

meson. Pero tenía a favor la simpleza de su ejecución, que parecía menos riesgosa aún que arrebatarse carteras de ancianas. Solamente debía dejar un maletín cargado de explosivos a la 1 P.M. en el porche del edificio adonde se encontraban los enemigos de Jameson, a la sazón sus propios enemigos. La recomendación había sido especialmente estricta respecto de la puntualidad, ya que si lo colocaba antes, los explosivos podían ser descubiertos; y a partir de allí, tendría apenas un par de minutos antes del estallido. El horario había sido definido luego de un estudio ambiental exhaustivo, que había señalado ese horario como el de menor flujo tanto de transeúntes como de entradas y salidas al edificio. Era difícil que fallase. Jameson estaría esperándolo en su camioneta a dos calles.

Se enjugó la transpiración, que se veía incrementada por la tensión nerviosa. Eran las 12.50 y, habiendo reconocido visualmente el edificio, caminaba por la vecindad aferrando fuertemente el asa del maletín, temiendo que se le escurriese y provocara así un estallido prematuro y nefasto para él. Pensó que seguramente Rita estaría allí, e iba a ser una de las víctimas; sintió una leve amargura, aunque mezclada con un dejo de satisfacción por el escarmiento que iba a darle, a todas luces merecido. Mientras tanto él, a contrario de todas las predicciones de aquella mala mujer, no iba a morir cirrótico ni devorado por los piojos, sino que comenzaría una nueva y opulenta vida, como segundo en la línea de mando del nuevo zar de la droga en Florida. Así se lo había prometido su nuevo empleador. Sólo tenía que ganarse su confianza

ejecutando una acción tan simple como abandonar al descuido un maletín.

A medida que pasaba el tiempo su ansiedad crecía en progresión geométrica. Faltaba casi un minuto cuando dobló en la esquina, vio que tal como Jameson había anticipado, nadie andaba por allí. No pudo esperar más. Entró al porche y miró a través de los vidrios opacos. Tampoco vio persona alguna del otro lado. Dejó disimuladamente el maletín contra la pared, con sumo cuidado, lo más oculto que el espacio abierto le permitía, y se retiró, tratando de evitar la premura de pies que su agitación promovía. Tal vez Jameson fuera a recriminarle esos segundos de anticipación en la maniobra, pero la suerte estaba echada. Al fin y al cabo, se trataba sólo de unos cuantos segundos.

Al llegar al lugar donde Jameson lo recogería, advirtió con angustia que no estaba allí. Pensó que llegaría de un momento a otro, que en razón de la tan recomendada puntualidad iba a presentarse casi un minuto más tarde -el tiempo en el que a causa de su nerviosismo había anticipado la acción-. Cada segundo se le hizo eterno, y cuando pasó más de un minuto comenzó a barajar seriamente la posibilidad de que el desgraciado no iría a aparecer. Y a recriminarse por haber sido tan ingenuo como para confiar en aquella alimaña ponzoñosa. De pronto todo se le hizo muy claro. Al menos eso creía cuando se decidió a emprender la huida a pie; quizá todavía pudiera salvarse de una más que segura pena capital.

Emprendió veloz marcha por la misma calle en la que dos cuadras atrás había dejado el maletín,

volviéndose de vez en cuando para ver si llegaba la camioneta de Jameson, o los resultados de su acto criminal. Fue en uno de esos vistazos que una luz inédita, increíblemente poderosa, lo cegó. Pero sólo fue por una mínima fracción de segundo, justo antes de que su ser se desperdigara en esa luz como miríada de partículas brillantes hasta entonces aglutinadas en una persona, las que caóticamente se difuminaban en una tromba indescriptible.

✱

✱

✱

Pocos minutos después, en algún lugar de Latinoamérica -y mientras observaba en la TV el pandemónium y las dantescas imágenes que los noticieros transmitían vía satélite, correspondientes al primer atentado nuclear en los Estados Unidos-, Jameson brindaba con los integrantes de la célula terrorista que había contratado sus servicios, antes de continuar viajando hacia el sur con otro maletín; uno que le aseguraba una fastuosa vida lejos de la contaminación radiactiva, la que con toda seguridad iría a extenderse a otros lugares del globo a partir de las represalias que el atónito gobierno Americano no tardaría en tomar, devolviendo el golpe de manera fiel a su impronta: con creces e intempestivamente.

## Tres

-A los viejos nos gustan las putas jóvenes –decía Dustin McGee, mientras miraba el culo de la bella muchacha aborigen que oficiaba de criada y acababa de alcanzarles la botella de escocés y tres copas. -¿Y saben por qué?

-Claro que lo sabemos –respondió Kurt Hölbert, un rubicundo teutón con cara de pocos amigos, bastante más joven que McGee. –Todos podemos ver la diferencia entre una puta joven y una vieja.

-Aparte de lo evidente, que lo es aún a pesar de tus obvias limitaciones mentales, voy a decirte por qué. Una muchacha joven y angelical suele compliacarnos en un sentido moral, o sea: de algún modo sentimos que estamos sodomizando a la inocencia, que estamos cometiendo estupro. En cambio con una puta joven que, con su envidia y su sexualidad en llamas viene a someternos sexualmente a nosotros, tal prurito queda anulado y podemos gozar de las gracias y turbancias juveniles sin sentirnos miserables.

-Yo puedo hacerlo sin sentir nada de eso –terció Josip Ivanovic, un cuarentón moreno de gruesos bigotes y ojos azules alocados. –Sucedé que eres un viejo reblandecido. Las cosas como están, y tú con tus morales victorianas...

-El estado de las cosas no hace a la integridad de los individuos. O al menos no debería.

-Es el fin de los tiempos –señaló Hölbert. -Es la hora de los fusiles, no de la especulación moral. A-

parte, ustedes los americanos no tienen mucha tradición filosófica que digamos. Tampoco los esclavos. En cambio nosotros...

-Ustedes los germanos no hicieron más que glosar a los clásicos griegos –espetó Ivanovic, algo ofuscado.

-Eso es muy cierto –acordó McGee, y añadió: -Además, Whitman o Blake son mucho más filósofos que cualquiera de sus fantoches arrevesados, presas de un discurso tan sujeto a tecnicismos como delirante.

-Está bien, está bien –concedió Hölbert, irónicamente. –Veo que están completamente asimilados a estos tiempos de barbarie. Me alegro por ustedes, así tienen más posibilidades de sobrevivir en el contexto. Hablábamos de putas y acabamos filosofando...

-Es el viejo yankee éste, que asume aires de moralista y se le da por clasificar a las putas. Una puta es una puta, joven, vieja, linda, fea, deformada por la radiación, o como sea. Si te gusta, no tienes más que servirte. Con las putas como con todo. Así están las cosas ahora. Y si nos ponemos a pensar en términos éticos, vamos directo a la fosa.

-Si nos ponemos a pensar, en los términos que sea –corrigió Hölbert. –Acá el que deja de cuidarse el culo es hombre muerto. No se piensa. Se actúa y se sobrevive.

-¿Y qué es lo que estamos haciendo ahora? – Señaló con sorna McGee, sintiendo que había remachado un buen clavo.

-Estamos descansando luego de asentar una pequeña fortaleza en estos malditos bosques patagóni-

cos. Cuidando el aire, el agua y los alimentos del aluvión de desesperados que vienen aquí a salvarse de la gran polución. Estamos descansando. Lo tenemos merecido. Y si podemos hacerlo es por el pequeño pero eficaz ejército de aborígenes que he entrenado y pertrechado para que nos ayuden a cuidar nuestros culos reblandecidos del ex primer mundo.

-Primero, no has sido solamente tú quien los ha adiestrado. Segundo, no olvides el experimento. Si conseguimos desarrollarlo seremos los amos del mundo, o al menos de lo que quede de él. Necesitamos recursos.

-Sí –dijo Ivanovic, -parece mentira. Millones de dólares en el cobertizo y sin recursos. Millones de dólares que en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron en montones de papel que ni siquiera es apto para limpiarse el culo.

-No pensamos que la cosa fuera a salirse de madre en semejante grado –señaló Hölbert.

-Eso es lo que sucede cuando las personas no piensan –replicó McGee, retomando su estilo sarcástico. Hölbert respondió:

-No sé si darte tu merecido o irme con la puta. Mejor me voy con la puta. ¡MARÍA, VEN ACÁ! –gritó, mientras se incorporaba. -Me va a traer menos remordimientos joderme a esta mujerzuela, puta o no, que golpear a un viejo fante como tú.

\*

\*

\*

Las cosas iban muy mal en el planeta tierra. Luego del atentado nuclear en Florida, Medio Oriente, Pakistán y Corea fueron víctimas de las indiscriminadas represalias americanas. El gigante del norte parecía estar dispuesto a reinar sobre las ruinas del resto del planeta, sin considerar cabalmente las consecuencias, el infierno radioactivo que sin un ápice de cordura estaba desatando. De nada valieron las esforzadas gestiones de la U.N., institución ya bastardeada desde mucho antes por los Estados Unidos de Norteamérica. La noche nuclear cubría cada vez más superficie; Primero Europa toda y luego gran parte de Asia se volvían día a día —o noche a noche, deberíamos decir— más inviable para la supervivencia, generando oleadas migratorias hacia África y Sudamérica. El caos se hizo moneda corriente, quienes no morían por intoxicación radiactiva lo hacían a manos de otros desesperados como ellos, por un lugar en un barco, automóvil o avión, cuando no por un mendrugo. Todas las instituciones, civiles o armadas, que intentaron organizar estos atropellados éxodos fracasaron de plano. Todos los elementos de contención social se vieron perimidos por imperio de la ley del más fuerte. La civilización tambaleó y finalmente se desplomó, víctima de las letales detonaciones.

Los Estados Unidos habían empleado todos sus recursos en asegurar el espacio de exclusión aérea, dispuestos a aguantar el cimbronazo atrincheros en su vasta geografía, bastante alejada de los si-

tios devastados. Si bien no quedarían indemnes, las consecuencias no serían más graves que una mayor cantidad de enfermedades derivadas de la contaminación, de nacimientos con deformidades, etcétera. No parecía un precio demasiado alto que pagar por mantener el control. Pero no habían calculado los planes alternativos de su enemigo, un enemigo que ya los había sorprendido más de una vez con movimientos totalmente inesperados. Al parecer, la táctica de ese enemigo había sido efectuar el atentado de Florida y luego ver la reacción de la Unión, ya que el sentido común indicaba que lo más prudente habría sido dejar en paz a los países petroleros y no generar una hecatombe. Pero claro, conociendo el temperamento hegemónico del gobierno —no del pueblo— norteamericano, tenían preparadas, como se dijo, acciones alternativas. Zonas enteras de Washington, New York, New Haven, Los Ángeles, Dallas, Nashville, Oklahoma, Denver y Baton Rouge fueron borradas del mapa por integrantes de células dormidas que, fieles a su tradición, se inmolaron desatando un infierno simultáneo de estallidos nucleares. A ello se sumaron ingeniosos atentados a los flamantes reactores de Yucca Mountain, Clinton y Port Gibson, ejecutados por habilísimos hackers. El resultado fue idéntico caos y éxodos frenéticos.

El destino óptimo para estos hombres, mujeres y niños que huían aterrorizados era la Patagonia, la región menos afectada por las consecuencias de semejante locura colectiva. En un principio, los más poderosos tuvieron ciertas facilidades para conseguir el

vital traslado, pero eso fue durante muy poco tiempo, el tiempo que llevó que el dinero perdiera su valor simbólico. Pronto el único medio de proveerse de algo fue, allí también, el poder de fuego que cada quien ostentase.

\*

\*

\*

Dos ex criminales de guerra y el hijo de un tercero, por esos insondables del destino que bien suelen ser graficados con la expresión "Dios los cría y ellos se juntan", habían sentado sus bases en la Patagonia argentina, años antes de la gran polución, aprovechando la venalidad de los gobiernos del país (que habían hecho la vista gorda por unos cuantos miles de dólares y les había dado cobijo y hasta protección). Con los capitales rapiñados en sus correrías bélicas se asentaron en los bosques e iniciaron fructíferas empresas, tanto más rentables cuanto eran alimentadas por la mano de obra barata que les brindaban los nativos, muertos de hambre y olvidados por el estado.

Cuando el momento del desastre llegó, estos individuos hicieron de su feudo una fortaleza inexpugnable, a sabiendas del aluvión de humanos desesperados que tratarían de afincarse en esa zona libre de contaminación, pletórica de fauna y flora aptas para el consumo humano, y de inmensos lagos de agua prístina. Como ya habrán podido colegir, estamos hablando de McGee, Hölbert e Ivanovic. Fue Hölbert quien,

habiéndose interesado oportunamente en temas atinentes a la energía atómica por consejo de su padre, Oficial Ingeniero del Reich, los había convencido de iniciar experimentos tendientes a desarrollar mecanismos de inmunidad contra los efectos de una radiación que tarde o temprano los alcanzaría. Ello, conjugado con los conocimientos de biología de McGee -quien en su juventud había sido un aventajado estudiante de *Duke University*, antes de que su temperamento aventurero lo condujera a alistarse en el ejército-, había dado vuelo a un proyecto demencial, mas en el contexto no resultaba extravagante; toda la humanidad había sido víctima de iniciativas demenciales.

Apenas habían alcanzado a proveerse de los elementos básicos para tales fines, antes que la economía mundial colapsara. Pero aún necesitaban algunos más para poder generar y graduar las radiaciones a las que someterían a los sujetos con los que experimentarían.

Así es que resultó necesario hacer una expedición de varios kilómetros hacia el este, hasta la localidad de Comodoro Rivadavia, para apoderarse como fuere del sofisticado equipo de rayos que una clínica privada había adquirido poco antes del desastre. Salieron dos camionetas, a cargo de Hölbert e Ivanovic respectivamente, y cuatro hombres fuertemente pertrechados en cada una. McGee quedó a cargo de la finca, al comando de los sesenta hombres, cuarenta y cinco mujeres y varios niños y ancianos que constituían el clan defensivo y proveían la mano de obra para los menesteres de manutención del conjunto.

Habían partido al caer la noche, intentando aprovechar la oscuridad para ejecutar su misión; fuera de los muros de *Garten* (como habían dado en llamar a su refugio), la vida valía poco. Muchos grupos armados, y enajenados por la situación de conflicto permanente, habían desarrollado tanto patologías asesinas como afiatados grupos para darles rienda suelta. Y si bien Hölbert, Ivanovic y sus hombres no mataban porque sí, tampoco tenían mucho empacho en hacerlo, llegado el caso. La vida humana era uno más de los elementos devaluados por el caos.

Faltaba poco para llegar cuando -en las afueras de Pampa del Castillo- fueron víctimas de francotiradores, invisibles a causa de la oscuridad. La visión de las balas trazadoras y los violentos impactos sobre las carrocerías los hicieron estremecer de pánico, y algunos de los hombres respondieron al fuego indiscriminadamente, en dirección contraria a la que traían aquellas lucecitas azuladas emisarias de la muerte. Uno de los hombres a cargo de Ivanovic fue alcanzado en el brazo izquierdo. Los agresores usaban armas de grueso calibre, probablemente fusiles 7.62, por lo que el brazo del pobre desdichado quedó colgando de una delgada tira de piel. Pasado el incidente, intentaron improvisar un torniquete a la altura del hombro, pero no parecía ser suficiente para evitar que muriese desangrado. Ello no afectó a los demás en la medida que podríamos pensar; cuando la muerte se vuelve parte de lo cotidiano, el horror decrece proporcionalmente a la frecuencia.

Arribaron a la ciudad oscura, y luego de unos cuantos minutos de búsqueda dieron al fin con la clí-

nica. No parecía haber sido saqueada, así que descendieron de las camionetas. Apenas habían conseguido violentar la puerta de ingreso cuando oyeron ruidos de motores exigidos y luego frenadas bruscas; a continuación fueron blanco de una nueva balacera. Ingresaron apresuradamente y se dispusieron en formación de combate, rompiendo los cristales y abriendo fuego a su vez. El herido, arrojado a su suerte en lo que parecía ser una sala de espera en el hall central, se quejaba y anunciaba que jamás saldrían de allí con vida. Hölbirt le espetó:

-Tú, rata cobarde, vas a morir, pero eso no significa que también lo hagamos nosotros.

El intercambio de fuego duró unos cuantos minutos; pero, parapetados unos tras los tres carros de asalto en que habían llegado y las camionetas, y otros en el interior de la clínica, no se produjeron bajas. Parecía que la situación iba a continuar hasta que uno de los grupos se quedase sin municiones. Pero Hölbirt, Ivanovic y sus hombres se sobresaltaron cuando una voz grave y firme dijo a sus espaldas:

-Están fritos. Ellos tienen suficientes alimentos y municiones para mantener el sitio durante el tiempo que sea.

-¿Y tú quién diablos eres? -Preguntó Ivanovic, casi a los gritos para hacerse oír en el fragor del combate, mientras su fusil y otros cuatro encañonaban al individuo, en tanto los restantes continuaban respondiendo al fuego exterior.

-Soy alguien que permanecía aquí en paz, hasta que llegó una banda de idiotas y trajo consigo a

otra banda de idiotas dispuestos a matarlos para quedarse con sus armas y lo que fuera que traen consigo.

-Bueno, -dijo Hölberty-, como están las cosas, más vale que cojas tus armas, si las tienes, y trates de que no te maten también a ti -y se volvió para continuar disparando.

-Puedo salvarles el pellejo, pero antes me gustaría saber qué son capaces de ofrecer a cambio.

-¿Cómo lo harías? -Preguntó Ivanovic, algo sorprendido por el aplomo que demostraba aquel individuo en tal contingencia.

-Tengo mis trucos, pero no voy a mostrárselos hasta no saber si puedo sacar algo provechoso a cambio.

-Hombre, tienes cojones. Podríamos matarte ahora mismo.

-Claro que podrían; pero si lo hacen, no voy a ser el único aquí que va a estirar la pata, créeme.

-Puedes venir con nosotros a nuestra fortaleza, en los bosques al oeste -ofreció Hölberty, que comenzaba a creer que el individuo raro tal vez sí tenía algo que les permitiría salir de allí.

-¿Y qué tiene de extraordinario esa fortaleza?

-Agua pura, cultivos sanos, mujeres y una buena cantidad de bebidas.

-Está bien, acepto. De todos modos, creo que no tengo alternativa. Las puertas del fondo deben estar cubiertas por el enemigo. Así que... esperen un momento -dijo, y se dirigió detrás de una suerte de mostrador. Se agachó unos momentos y luego se incorporó, cargando un lanzacohetes de fabricación italiana.

-Córranse, déjenme espacio, a ver... -apoyó el cañón en el marco de la ventana, alzó la mira, apuntó durante unos breves segundos y, luego de una detonación sorda y un siseo, el grueso proyectil fue a impactar sobre uno de los carros, con el terrible estruendo consiguiente. -¡HIJOS DE PUTA! -Gritó. -¡SALUDOS A SUS PUTAS MADRES! - Y continuó insultándolos mientras recargaba el lanzacohetes. Hölbert, Ivanovic y sus hombres, avivado su ánimo por aquella ayuda tan grandiosa como inesperada, se sumaron a las injurias y recrudecieron el fuego. Cuatro o cinco hombres, apresurados por subir a los vehículos en abierto tren de fuga, cayeron en la granizada de plomo. Ya emprendían la huída cuando el carro que quedó detrás fue alcanzado por el segundo misil, y estalló en pedazos. El hombretón rubio con casaca de los *Heats*, que ahora sí podía ser visto a la luz del propio fuego que sus bombas habían generado, fue objeto de vítores y agradecimientos.

\*

\*

\*

Jameson ingresó en el *Garten* con todos los honores correspondientes a un héroe, puesto que no solamente había salvado el pellejo de dos de los líderes del grupo y nueve de sus hombres -el herido se había desangrado durante el combate-, asegurando además el éxito de la misión, sino que había aportado

algunas armas sofisticadas y poderosas a la defensa de la comunidad.

Mas todo cambió por allí con su advenimiento. El cúmulo de agradecidas adulaciones, gratificaciones y lisonjas resultaron contraproducentes a tenor de la personalidad del sujeto, acostumbrado como estaba a enfrentar batallas en pos de liderazgos. Al principio, McGee, Hölbart e Ivanovic no tomaron a mal las iniciativas –por lo general atinadas- del recién llegado; pero muy pronto la hasta entonces incuestionable autoridad del triunvirato comenzó a peligrar. Sobre todo después del exitoso raid en busca de individuos sobre los cuales experimentar, el que, al mando de Jameson, no solamente proveyó al grupo de especímenes para exponerlos a la radiación, sino también de hermosas mujeres y de brazos fuertes para aliviar la tarea de los hombres del *Garten*. La popularidad del recién llegado crecía en forma proporcional a la inquietud de los responsables del grupo, quienes fieles a su impronta de hombres decididos y carentes de escrúpulos (que lo eran aún antes de la Gran Polución), no tardaron en caer en la cuenta de que debían sacarlo del medio antes de que fuese demasiado tarde.

-¿Adónde están Hölbart e Ivanovic? –Preguntó Jameson a McGee, casi con actitud de Comandante, la tarde de su vigésimo día en la comunidad.

-Fueron de caza con algunos hombres. Quieren asar algunos ciervos, creo que en tu honor.

-Mmmmh, no vendría nada mal, ciertamente.

-Parecen haber quedado muy agradecidos desde que los ayudaste en Comodoro Rivadavia.

-¿Tú no? No tendrías los medios para torturar y asesinar a esos infelices, de no haber sido por mi intervención.

-Tú tampoco tendrías un lugar de solaz como éste, ni la posibilidad de sobrevivir al infierno radiactivo que se avecina. Además, prefiero a la gente que presta su solidaridad sin hacer tanta alharaca.

-Se nota que no estuviste allí. Creo que en ello radica la diferencia entre la actitud de tus amigos y la tuya.

-Oh, he estado en situaciones peores, créeme.

-Si alguien te ayudó a salir de ellas, acordarás conmigo, entonces.

-Muchas personas me han ayudado, eso es cierto; sucede que prefiero a las que luego no se jactaron y mucho menos se aprovecharon de ello.

-¿Insinúas que me estoy aprovechando?

-No lo insinúo, lo afirmo taxativamente.

-Será entonces cuestión de temperamento. Todos esos remilgos y formalidades no se compadecen con mi personalidad.

-Ni que lo digas.

-Anda, buen hombre, ve a irradiar a esos pobres diablos. Y apresúrate a descubrir algo, pues de lo contrario comenzaré a pensar que eres tú quien se aprovecha de la situación a cambio de nada.

-Eres demasiado arrogante, ¿sabías?

-Cuando tenga tiempo para detenerme en análisis de ese orden, te prometo que lo tendré en cuenta.

\*

\*

\*

La partida regresó con dos ciervos rojos y un huemul. Aunque los animales se veían estupendos, no era lo mejor que traían. Una mujer alta, rubia y de una belleza excepcional llegó con ellos. No lucía afectada en lo más mínimo; caminaba tranquilamente junto a los hombres, observando con curiosidad el asentamiento. Sus ojos se detuvieron en Jameson, quien la miraba descaradamente. No habían comenzado a cueurar los ciervos que ya Jameson y la mujer se habían presentado y conversaban animadamente.

Janine era hija del último Cónsul Británico en Argentina. Como tantos otros, había huido de la violenta Capital Federal hacia el sur. Su atractiva apariencia la había ayudado a llegar rápidamente, y la pistola 45 que llevaba consigo, a disuadir a los que habían intentado propasarse. Era, obviamente, el tipo de mujer capaz de seducir a Jameson.

Promediaba la gran barbacoa, con Jameson presidiendo la mesa y siendo objeto de honores que lo ayudaban a consolidar la posesión de Janine, cuando Hölbert se acercó a McGee:

-Míralo al imbécil cómo se pavonea...

-Déjalo; aunque no lo sepa, éste es el festín del condenado. Fue buena la idea de traer a Janine. Está tan concentrado en cortejarla que ni le cruza por la mente pensar en lo que le espera.

-Sí, pues. Es un tipo peligroso. Más vale sorprenderlo, no darle oportunidad alguna.

-Está más muerto que los ciervos que acabamos de asar, no te preocupes.

-¿Janine es confiable?

-Relájate, goza del banquete. Yo respondo por ella.

-De todos modos, estaré alerta.

-Está bien. Eso es lo que debes hacer siempre, de todos modos. Pero mi arrogante compatriota ha entrado de pies y manos en la trampa. Muy pronto tendremos un nuevo sujeto, uno genéticamente más compatible con nosotros que los aborígenes, para afinar nuestro proyecto.

\*

\*

\*

Jameson y Janine ingresaron al cobertizo del primero. Jameson había bebido bastante. Tomó a Janine de la cintura y la atrajo hacia sí, dispuesto a copular sin mayores preámbulos, como acostumbraba a hacerlo. Ella respondió a los besos, pero lo apartó cortesmente y le tendió una botella de champagne francés.

-Toma, hombre guerrero. Ésta es mi dote.

-¿De dónde sacaste esto? —Preguntó Jameson, con una pequeña luz de duda en su mente.

-Lo tengo desde hace mucho tiempo, esperando al guerrero digno de beberlo antes de yacer conmigo.

-Está bien, te lo agradezco –dijo, mientras procedía a descorchar la botella. –Pero no sería un caballero si no te dejara beber primero a ti.

-Sabes qué sucede, ya he bebido demasiado esta noche, y tal vez no podría luego complacerte como mereces si continúo haciéndolo. Quizá después.

Pronto la psiquis femenina había comprendido que la mejor manera de engañar al grandulón era adulándolo. Y así, a la manera de un Atila posmoderno, el pobre Jameson cayó en una de las más antiguas y efectivas celadas: la que es tendida por una mujer hermosa.

\*

\*

\*

Despertó con un fuerte dolor de cabeza y la boca tan amarga como no recordaba haberla sentido. Quiso llevar las manos a su adolorida frente y descubrió que estaba férreamente atado de pies y manos a una dura camilla. McGee, Hölbert e Ivanovic lo miraban con sonrisas plenas de sarcasmo.

-¿Qué están haciendo? –Preguntó alarmado, sobre todo al advertir el aparato de rayos justo sobre la cabecera del camastro.

-Verás –respondió McGee-, no se trata de nada personal. Sucede simplemente que necesitábamos

un cobayo como tú para afinar nuestros experimentos. Lamentamos que las cosas hayan salido de este modo, que justo cuando necesitábamos un sujeto compatible con tu genética, hayas aparecido.

-¡Pero no pueden hacer esto! ¡Yo les salvé la vida, los proveí de armas y hasta de este equipo con el cual piensan masacrarme!

-Claro que podemos –sentenció Ivanovic. –Tal vez hubiéramos tenido algún que otro escrúpulo si no te hubieras conducido de un modo tan arrogante, si no hubieses desafiado nuestra autoridad a cada momento.

-Y todo se hizo más fácil –continuó McGee– cuando me convenciste, ayer por la tarde, de la vanidad de la cortesía y los formalismos. Nos libraste de todo problema de conciencia emergente.

-Esa perra puso algo en el champagne.

-Además de valiente eres inteligente. En un sentido, será un desperdicio, pero en otro tanto mejor, porque esas son las cualidades de nuestros propios pe-llejos; que tú sabes, son los que importan.

-Esperen, no lo hagan. Tengo algunos tesoros que aún desconocen para compartir con ustedes. Y los ayudaré a buscar otro individuo de mis características.

-Lamentablemente –dijo Hölb- no tienes chance. No confiamos en ti, no vamos a darte oportunidad de perjudicarnos, no hay tesoro en el mundo que nos sirva para algo. Hoy día tenemos todo cuanto necesitamos. Y no vayas a pensar que somos ingratos, en mucho es gracias a ti. Así que gracias, por lo que hiciste por nosotros voluntariamente, y por lo que harás a partir de hoy contra tu voluntad.

-Pero no te preocupes. Te recordarán como un héroe. Ya nuestros hombres están trabajando en la estatua que se erigirá en el predio central del *Garten*. No le diremos a nadie la basura humana que eres: por el contrario, te convertiremos en el símbolo de la nueva humanidad. Es lo menos que podemos hacer para ajustar un poco las cuentas.

-Bastardos hijos de puta –masculló Jameson. – Arderán en el infierno.

-Oh, sí, seguramente lo haremos. Y tú también, un poco antes, según nuestros cálculos. Pero tampoco por eso te preocupes. Vamos a freírte un poco aquí en la tierra, primero, para que el contraste no sea tan violento.

\*

\*

\*

A partir de allí, la vida de Jameson fue una pesadilla tal que comenzó a creer que quizá sí hubiese un Dios, y que le estaba cobrando todas y cada una de las atrocidades que había perpetrado, especialmente la más terrible, el haber implementado el acto criminal que desató la hecatombe. Todo eran náuseas, estados febriles, quemaduras frías que parecían venir desde adentro hacia fuera, ensoñaciones –espantosas unas veces, diáfanas y placenteras otras, que se convertían inexorablemente en su contrario al cobrar la escasa conciencia que iba manteniendo. Desde esa nebulosa sufriente percibía las imágenes de quien suponía era

McGee, debajo del traje aislante que lo hacía verse como un alien, cuando ingresaba cíclicamente en esa sala de torturas terminal para estudiarlo, cambiar el suero que lo mantenía en esa cruenta agonía, higienizar burdamente los efluvios corporales de todo tipo que su agredido organismo continuaba secretando, etcétera. Apenas si podía farfullar ruegos tendientes a que lo mataran de una vez, por piedad, los que por supuesto, eran desatendidos.

Gracias a los cuidados que aquellos infames le prodigaban en orden a mantenerlo vivo para optimizar los réditos de la investigación, tuvo suficiente tiempo para recapitular toda su existencia. Además, era una buena forma de mezquinarle espacio mental al sufrimiento. Y sus lucubraciones -que ya no se veían empañadas por afanes existenciales, al borde del abismo como se encontraba-, bien pronto lo llevaron a comprender que las vejaciones sufridas en su infancia de ningún modo justificaban su posterior ignominia. A sus padeceres se sumó uno nuevo, el de la conciencia, tan irremediable como los de su físico, y sin ninguna esperanza de redención. Era tarde para eso, ya nada podía hacer para contrapesar siquiera un ápice el fiel de la balanza. Con toda seguridad había hecho méritos suficientes para aquella aciaga agonía. Quizá sirviese para purgar algo de las atrocidades cometidas, si había ultramundos. Y si no, era cuestión de recorrer todo el terrible sendero hasta ingresar a una nada que cada vez más se le antojaba balsámica.

Fue entonces cuando aparecieron las voces. Confusas, susurrantes, en un idioma que nunca había

oído, pero que, curiosamente, parecía entender. Tal vez fuera el tono, o quizá la radiación había activado de alguna extraña manera porciones de su cerebro hasta entonces aletargadas, como se dice que ocurre con los poseídos por demonios. Las oía como a través de una transmisión de radio, entrecortada, con ruidos de estática que aumentaban y disminuían, dificultando la interpretación de algunas partes. Y sentía todas aquellas fluctuaciones energéticas en su cuerpo, que vibraba en análogas frecuencias.

Pero todo aquel farfullar electrostático resultaba, al fin y al cabo, muy confuso. Jameson creyó entender que las voces lo habían ubicado siguiendo una inusual señal de conciencia y que, a tenor del desastre que afectaba al planeta del cual emanaba dicha señal, la misma había funcionado como una suerte de alarma que los compelm a subsanar una cuestión tan caótica que ponía en peligro a la totalidad de este universo. A poco se convenció de que eran aberraciones producto de la intoxicación radiactiva.

Luego de un lapso de tiempo -imposible de determinar en las condiciones psicofísicas en las que se encontraba- sobrevino el prodigio. Una especie de tronar en continuo crescendo ganó su espacio auditivo, y a medida que crecía, el suelo comenzó a sacudirse más y más, tanto que supuso que el maltratado planeta había colapsado, que su eje se había desplazado violentamente, o algo por el estilo. Al parecer, no sólo él iba a morir, sino toda la vida de la Tierra. Entre sacudones tremendos y vorágines de luz y sonido, creyó percibir un grupo de tres luces que irradiaban

conciencia, aunque no fue capaz de determinar de dónde le venía tal certeza. De pronto se vio libre, y rogó a quienquiera que estuviese allí, o en el paraíso, o en los quintos infiernos, que el envenenamiento al que había sido sometido no hubiese sido demasiado grave.

## ¿EPÍLOGO?

-No me está gustando mucho que digamos, el giro que está tomando esta historia –dije al cabezón, con lengua torpe y sesos al marsala.

-Es precisamente lo que pasó con aquellos seres, provinientes de detrás de las estrellas: no les gustó cómo venía barajada esta historia. Por eso ejecutaron la maniobra final, para minimizar las consecuencias del desguisado que puso en peligro el equilibrio cósmico.

-Hombre, está comenzando a hablar como un orate...

-Todo lo contrario, hace algún tiempo que dejé de hacerlo. Verás, Jameson fue liberado de aquel suplicio, sí, pero fue transferido un lustro antes de la Gran Polución, intentando que las cosas se arreglasen antes de que fueran a suceder. Y tal como rogó a cielos e infiernos, las secuelas de la exposición a la radiactividad no fueron mortales, y tampoco demasiado

graves, teniendo en cuenta costos y beneficios: ganó en lucidez, humanidad y espíritu. Y como contraparte, debió cargar desde entonces con un gran peso. Me refiero al peso de su encéfalo. A tener que cargar sobre sus hombros, por el resto de su vida, el peso de una cabeza enorme.